

Moltmann y la Trinidad

LUIS ÁNGEL MONTES PERAL
Barruelo de Santullán (Palencia)

Resumen: Siguiendo los pasos de Karl Barth, Jürgen Moltmann puede considerarse como el teólogo que, en la segunda mitad del siglo XX, con mayor originalidad ha profundizado en el Dios Uno y Trino. Su obra *El Dios Crucificado* pasará a la historia de la teología como una de las investigaciones de más calado trinitario. El acontecimiento de la Cruz de Cristo constituye el lugar privilegiado de la revelación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Palabras clave: Cruz, Resurrección, Reino, Vida.

Abstract: Following in the footsteps of Karl Barth, Jürgen Moltmann can be considered the theologian who, in the second half of the 20th century, most originally explored the Triune God. His work *The Crucified God* will go down in the history of theology as one of the most profound investigations into the Trinitarian doctrine. The event of the Cross of Christ constitutes the privileged place of revelation of the Father, the Son, and the Holy Spirit.

Keywords: Cross, Resurrection, Kingdom, Life.

Con casi un siglo de edad el 3 de junio de 2024 moría en Tubinga, donde había vivido la mayor parte de su vida (nada menos que 57 años), Jürgen Moltmann, nacido el 8 de abril de 1926 en Hamburgo. Considerado como uno de los teólogos más importantes desde la Segunda Guerra Mundial. Su ingente obra tiene mucho de existencial y académica, pastoral y política, innovadora y tradicional, legible y exigente, contextual y universal, pues en ella muestra cómo los temas centrales de la fe cristiana hablan de las «experiencias humanas fundamentales» del sufrimiento. No solo está en la lista de los teólogos más destacados del siglo XX, también ha proporcionado los mayores impulsos a la trinitariología¹. Dejando a un lado su trayectoria vital, familiar y curricular, me voy a centrar exclusivamente en abordar su teología trinitaria. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo constituyen el mejor antídoto contra la mentira, el odio, la fealdad y la tristeza, ya que Son la Verdad, el Amor, la Belleza y el Entusiasmo. Creer desde la Cruz²

¹ Alexander Schwabe, que en 2017 hizo una interesante entrevista a nuestro autor en el semanario *Christi in der Gegenwart*, sostiene que «Jürgen Moltmann gehört zu den einflussreichsten Theologen der Gegenwart», es decir, «pertenece a los teólogos más influyentes del presente». Según Ángel Cordovilla, «quizá es uno de los teólogos del siglo XX que más ha desarrollado la teología trinitaria y ha luchado contra una concepción rígidamente monoteísta de Dios que ha justificado una determinada comprensión del poder mundano y eclesial. Sus críticas por el déficit de la teología trinitaria en la doctrina sobre Dios han sido una constante en sus obras. El teólogo alemán ha pensado la trinidad como tres sujetos divinos en su mutua relación de amor y en su divino compromiso e implicación con el mundo» (Aula de Teología, 2.02.2010). La verdad, yo no conozco a ningún otro teólogo que haya reflexionado con tanta solvencia y haya conseguido mayores aportaciones al Dios Uno y Trino, partiendo de la dialéctica centrada en la Muerte y Resurrección de Cristo. Del cristocentrismo inicial pasó a una perspectiva más trinitaria y pneumatológica, en la que se mantuvo hasta el final. Coincidió totalmente con él, de que no se puede desarrollar la cristología sin una poderosa pneumatología y ambas llevan a la trinitariología.

² «Cruz», el vocablo central, que Moltmann repite constantemente y los traductores ponen con minúscula, yo lo escribo con mayúscula, lo mismo que

en las Tres Divinas Personas significa al mismo tiempo vivirlas cada día, experimentar su amor en lo más íntimo del propio ser y contemplar su presencia una y otra vez mediante el quehacer propio en el mundo. Algo definitivo que ha puesto bien de manifiesto desde las más distintas perspectivas nuestro autor, que ha querido esclarecer la unidad existente en la experiencia trinitaria y la experiencia de vida.

SUS LIBROS MAYORES SOBRE LA TRINIDAD

El teólogo alemán ha elaborado una profunda doctrina sobre Dios desde una atrayente exploración de la teología trinitaria. La Trinidad no pertenece a un pasado sin vuelta, conserva actualidad ahora y siempre, permanece en el eterno ahora. Su abundante bibliografía habla con frecuencia de la Realidad Trinitaria, pero toda mi aportación sobre sus indagaciones se va a concentrar en sus cuatro *obras mayores* sobre el tema, aunque haga referencia a alguna más:

- *El Dios crucificado. La Cruz de Cristo como base y crítica de toda la teología cristiana* (Sígueme, Salamanca 1975), aparecido el original en la Chr. Verlag de Múnich en 1972 bajo el título *Der gekreuzigte Gott. Das Kreuz Christi als Grund und Kritik christlicher Theologie*. (Su prólogo está firmado el Viernes Santo de 1972 en Tubinga).

- *Trinidad y Reino de Dios* (Sígueme, Salamanca 1983), aparecido en la Chr. KaiserVerlag de Múnich en 1981 bajo el título de *Trinität und Reich Gottes*. Se trata de una profundización del escrito anterior.

Resurrección. Con ello quiero mostrar la *excepcionalidad y centralidad* de ambos acontecimientos, que forman la Pascua del Crucificado resucitado y del Resucitado crucificado. Pretendo no quedarme en el Viernes Santo y llegar a Pentecostés.

- *Iglesia, en la Fuerza del Espíritu* (Sígueme, Salamanca 1978), aparecido en la Chr. Kaiser Verlag de Múnich en 1975 con el título *Kirche in der Kraft des Geistes. Ein Beitrag zur messianischen Ekklesiologie*. (Su prólogo está firmado en *Pentecostés de 1975*).
- *El Espíritu de la vida. Una pneumatología integral* (Sígueme, Salamanca 1998), aparecido en la Chr. Kaiser Verlag de Múnich 1991 con el título *Der Geist des Lebens. Eine ganzheitliche Pneumatologie*. Una elaboración más sistemática del anterior.

(La publicación de los cuatro libros es fácil de retener: el *original* está publicado en Múnich, la *traducción castellana* en Salamanca, en las Editoriales Chr. Kaiser y Sígueme. Desde que se publicaron los originales hasta hoy han aparecido un buen número de ediciones. Aquí hemos señalado siempre la primera edición)³.

OTRAS PUBLICACIONES

Aunque el conjunto no forma una especie de Teología Sistemática, él prefiere hablar de aportaciones teológicas sistemáticas, sus contribuciones sin duda abarcan otros temas significativos de la teología, en los que la Trinidad no deja de estar presente. Añadimos cinco obras más, de su numerosa producción: *Dios en la creación* (1985); *Teología política — Ética política* (1987); *El Camino de Jesucristo* (1989); *La venida de Dios* (1995) y *Dios en el proyecto del mundo moderno* (1997). Creación, Política y Ética, Cristología, Escato-

³ Moltmann ha recogido sus trabajos trinitarios de diez años, los relativos a los años ochenta, en un libro temáticamente estructurado, *In der Geschichte des dreieinigen Gottes. Beiträge zur trinitarischen Theologie* (Chr. Kaiser Verlag de Múnich 1991). Cabe destacar también su colaboración en la VII Conferencia Mundial de las Iglesias en Cambera 1991, titulada *Komm, Heiliger Geist — erneuere die ganze Schöpfung*. Ambos libros complementan los cuatro anteriores.

logía e Itinerario teológico en el mundo constituyen otras de sus numerosas aportaciones en los últimos veinte años del siglo XX. En el siglo XXI los temas elegidos abordan sobre todo *cuestiones fronterizas* de acuerdo con la sensibilidad de la nueva época y los intereses de nuestro autor⁴.

I. DOS TESTIMONIOS ESCLARECEDORES

En una entrevista concedida por el autor a Reinhard Mawickel 25 de April 2017 responde así a estas dos preguntas:

a. Su llegada a la Trinidad

¿Cuándo llegó en su formación a la Trinidad?

«A través de la Teología de Karl Barth. En su enseñanza sobre la autorrevelación de Dios sostiene: Dios es el Revelador, Dios es el Revelado y Dios es el Autorrevelador de él mismo. Primeramente hice mía esta formulación⁵. En Gotinga dos bartianos fueron mis

⁴ Sus obras han impulsado significativamente la *Teología de la Liberación*. Entre los teólogos luteranos quizá sea el más influyente en esta renovación de la teología católica, siendo uno de los que ha mantenido mayores contactos con sus patrocinadores.

⁵ La obra capital de Barth es su voluminosa *Kirchliche Dogmatik*, *Dogmática Eclesial*, en la que la Trinidad, Cristo, la gracia, la elección, la reconciliación-salvación, la Iglesia juegan una importancia capital. En ella desarrolla los temas centrales de la teología, siempre fiel a los principios anteriores. Si la Palabra forma *parte esencial del ser* del Dios Trinitario, supone un *Revelador*, de quien procede toda iniciativa, que es el *Padre*. Implica al mismo tiempo el hecho de la *Revelación* misma, la *Palabra*, que es el *Hijo*. Y la *comunicación* de esa Palabra y esa Revelación, el *Espíritu*, que genera en nosotros la *fe como acogida*. Lo que Dios es, lo manifiesta en el acontecimiento de la Revelación, en el que la Trinidad es *desvelada*. La autorrevelación de Dios a los hom-

maestros: Hans-Joachim Iwand y Ernst Wolf⁶. Todos nosotros estábamos fascinados con su *Declaración Teológica de 1934* y su nuevo tomo de su *Dogmática Eclesial*, discutida con entusiasmo»⁷.

bres en Jesucristo Salvador puede ser definida *como libertad en amor y amor en libertad*, en el fondo como *gracia increada*, que se nos comunica.

⁶ Estos dos últimos autores influyeron poderosamente en el desarrollo de su teología posterior. De Wolf asumirá la *perspectiva ética y social* que ha de tener toda teología así como el compromiso que ha de realizar la Iglesia en la sociedad secular. De Iwand (y del filósofo Hegel) acepta la *interpretación dialéctica* de la Cruz y Resurrección de Cristo.

⁷ Contra los esfuerzos del régimen nazi de establecer una pretendida iglesia «cristiana alemana», Karl Barth fundó junto con otros, entre ellos Dietrich Bonhoeffer, la llamada *Iglesia Confesante como reacción vigorosa contra el nazismo*, que pretendía establecer un sucedáneo idolátrico al Padre de Nuestro Señor Jesucristo. En 1934 tuvo lugar el *Sínodo de Barmen*, cuya *Declaración*, preparada por Karl Barth, expresa la convicción de que el único modo de ofrecer *resistencia* a la *secularización* y *paganización* de la Iglesia en la Alemania nazi era adherirse firmemente a la doctrina cristiana y a su teología trinitaria. En medio de aquellas terribles circunstancias hay que tener una gran fe para escribir en 1938, en pleno auge del nazismo: «No existe frase alguna más peligrosa y revolucionaria que esta: Dios es Uno, nadie se le asemeja... La verdad de la frase Dios es Uno, hará fracasar al Tercer Reich de Adolf Hitler» (Karl Barth, *Kirchliche Dogmatik*, Hamburgo 1938, 54). Barth no tenía duda alguna: hay que partir del Dios Uno y Trino y reconocer que solo la Trinidad es Dios. Todo lo demás constituye un sucedáneo, algo espúreo, tendente a la idolatría. A Moltmann le marcó mucho la participación en el sufrimiento de los internados en Auschwitz y la culpa colectiva del pueblo alemán en la tragedia nazi. Él mismo luchó primeramente en favor de la Wehrmacht y fue hecho prisionero entre los años 1945 a 1948. Cuando en 1945 estaba en una prisión británica entre las alambradas *encontró la fe*, de la que nunca más se separó. Tuvo que confrontarse con la *pena de muerte*, porque el régimen nazi llegó a la conclusión, que se negaba a luchar. A la pregunta, si perdió camaradas amigos por esta causa, él siempre respondía que *no quería hablar de ello* (Nicolás Richter, *Stirblangsam. Kelly Gissendan erwartet seit 1997 auf ihre Hinrichtung. Zweimal hat es nicht geklappt. Nach zahllosen Briefen an sie bleibt für den Theologen Jürgen Moltmann diese eine Frage: Darf ein Staat töten?* Kelly fue ejecutada el 30 de septiembre de 2015 en Jackson, Georgia. *Süddeutsche Zeitung*, «Die Seite Drei» Nr. 182, Montag, 10. August 2015, 3).

¿Cuándo y cómo, después de ser profesor, pensó más larga e intensivamente sobre las cuestiones acerca de la Trinidad?

«En 1972 publiqué mi libro *El Dios crucificado*. Precisamente aquí establecí el conflicto del Hijo de Dios Jesús con Dios en Getsemaní y en el Gólgota. En este sentido me pregunté más tarde: ¿Dónde permanece el Espíritu Santo? En 1975 escribí un libro sobre *Iglesia en la fuerza del Espíritu*. Más tarde se me hizo claro, que debía construir la doctrina de la Trinidad desde el Espíritu Santo y en 1981 escribí *Trinidad y Reino de Dios*. En ese tiempo se discutía acerca de la enseñanza psicológica sobre la Trinidad de Agustín. El teólogo católico Michael Schmaus había presentado su obra *Sobre el misterio de la divina Trinidad* = “Vom Mysterium dergöttlichen Dreieinigkeit”. En 1991 escribí mi enseñanza social de la Trinidad, por cierto en el sentido de Schmaus, que consideraba la enseñanza de la Trinidad como una “enseñanza plena de comunidad” = “vollendete Gemeinschaftslehre”. Y así surgió *El Espíritu de la vida*.

De forma clara y sencilla ha indicado cómo se formaron sus *cuatro libros esenciales* y a grandes líneas quiénes fueron los que más influyeron en su contenido, al menos en los primeros tiempos. Conviene ahora profundizar en cada una de sus cuatro obras, teniendo en cuenta los tres principios teológicos y los tres metodológicos de los que parte. Para los primeros le importa la Sagrada Escritura⁸, los Santos Padre y los teólogos contemporáneos, que conoce perfectamente. Para los segundos ofrece una dimensión pública de la teología, su condición práctica y la necesidad constante de contrastar con otras tradiciones

⁸ Solo en muy pocos pasajes cito la Sagrada Escritura, pero Moltmann recurre a ella con frecuencia y no cabe duda que la Palabra de Dios constituyó el *principal principio inspirador* de sus obras. Además muchas de sus reflexiones tuvieron *implícita* o *explícitamente* como base un texto escriturístico bien conocido.

cristianas⁹, así como con corrientes de pensamiento: la filosofía y la ciencia¹⁰. Me limito a enunciar los principios en cuestión sin pretender desarrollarlos, aunque quedarán suficientemente clarificados al exponer los cuatro escritos.

b. Una Trinidad sencilla de comprender y vivir

En la entrevista ya citada responde a algunas cuestiones vitales, esta sobre todo: «Algunos piensan que la Trinidad solo es accesible a los teólogos, a su entendimiento solo pueden llegar los especialistas, ya que en realidad es un misterio».

La respuesta no puede ser más contundente: «¡No es verdad; los que hablan así, se equivocan! La fe cristiana tiene una orientación tripartita, incluso antes de que yo empiece a reflexionar sobre ella.

Primero: No solo creo en Jesucristo, esa fe integra también vivir en él. En la comunión con Cristo el nacido Hijo de Dios llega a ser el primer nacido entre muchos hermanos y hermanas como está escrito en Rom 8,14s: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: “¡Abba, Padre!”».

Segundo: Creo en Dios a causa de Cristo, de lo contrario hubiera permanecido ateo, porque ni la naturaleza ni la historia humana me hubieran convencido de un Dios, que es amor. Esto lo ha hecho solo Cristo.

⁹ Prescindimos aquí de la relación mantenida por Moltmann con la teología católica y la teología ortodoxa. En muy escasos momentos hará alguna referencia esporádica a ellas.

¹⁰ Tampoco me detengo a explicitar los filósofos que más han influido en él. Desde luego para la teología trinitaria Hegel tuvo una importancia grande, sobre todo en sus *comienzos*.

Y por último tercero: En la comunión con Cristo experimento una prodigiosa confirmación y estímulo de la vida, las energías del Espíritu creador fluyen en mí. Según esto aquí tenemos ya sin complicaciones a Jesús, Hijo de Dios, al Abba, el Padre querido, y a las fuerzas del Espíritu. De manera clara hemos argumentado teológicamente».

Sin argumentos retorcidos, con la sencillez de un relato inteligible, podemos conocer las tres personas divinas y vivir desde ellas gozosamente. La reflexión es siempre imprescindible, pero lo verdaderamente decisivo es la *experiencia de fe*. El punto de partida no puede ser otro que *Jesucristo* y la fuerza de su *Evangelio*. Mi encuentro con su persona y con la fuerza de sus hechos y dichos. Quien lo lee desde esta clave está en la mejor senda para comprender lo *central* de la significación de la Trinidad. El amor del Padre y del Hijo, que sopla en el Espíritu, nos conduce a vivenciar dos primacías, por encima de las cuales no puede darse nada más grande, la *filiación* y la *fraternidad*: vivir como hijos y comportarse como hermanos. Quien entiende esta *bendita dualidad* desde la praxis concreta de cada día experimenta la fe y la esperanza desde la unidad que supone el amor sentido y consentido.

Pero hay algo más, para lo que Moltmann también ofrece una sencilla respuesta, que podemos entenderla de esta manera: los tres factores explicados forman una *unidad*, están orientados de tal manera que se hacen *uno* en la conciencia cristiana. En la oración sacerdotal Jesús reza así: «Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17,21). En esas Tres Personas se forma la *unidad dimanante* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y en esa unidad estamos comprendidos todos: la humanidad y el universo creado. No hay, no puede haber *otro origen* que la Unidad existente en la Trinidad de la que dimana todo lo creado.

II. LOS CUATRO GRANDES LIBROS SOBRE LA TRINIDAD

En la presentación de los cuatro libros más importantes, en los que ofreceremos un buen número de *citas directas*, seguimos este orden: Primero nos extenderemos en el más importante de todos, *El Dios crucificado*, luego abordaremos su complemento *Trinidad y Reino de Dios*. En tercer lugar haremos una amplia selección de *La Iglesia fuerza del Espíritu*, otro de sus libros fundamentales y concluiremos con *El Espíritu de la vida*, que continúa la línea del anterior. Nos detendremos sobre todo en el primero y después ofreceremos pensamientos significativos de los otros tres, sin que hayamos pretendido hacer resúmenes de ellos.

1. EL DIOS CRUCIFICADO

Si tuviera que elegir uno de sus libros me quedaría con este. Desde luego siempre ha permanecido como su obra más impresionante y estoy convencido que así permanecerá después de su muerte, como una *estaurología trinitaria excepcional* de referencia obligada. Contiene una gran riqueza argumental, ya que pasa casi todos los temas de la teología clásica por la criba de la teología de la Cruz¹¹. Somete el concepto de Dios a toda una

¹¹ Algunos piensan que su obra más importante es la publicada en 1966 *Teología de la esperanza*, cuando contaba con cuarenta años de edad. Desde luego fue la que le *dio fama mundial*, partiendo de los principios filosóficos de Ernst Bloch en sus famosos tres volúmenes sobre *El principio esperanza*. Este principio filosófico le liberó de una especie de sonambulismo enfermizo: ¿Por qué razón —podemos preguntarnos— la teología cristiana ha pasado de largo ante el *tema del futuro* y de la *esperanza*, cuando ambas realidades constituyen fundamentos del pensar teológico y el resorte para diseñar una auténtica espiritualidad? Su honda reflexión confirió un gran empuje a la escatología. Moltmann aclara que «la *Teología de la esperanza* se esbozó, como puede leerse allí, también como *eschatología crucis*» (14). Además marca

revolución, que no ha encontrado reposo desde que se publicó la obra. Él mismo afirma con toda contundencia que «la Cruz de Cristo constituye la base y crítica de toda la teología cristiana» y confiesa: «Creo que la teología de la Cruz es el hilo conductor constante de mi pensamiento teológico» (9)¹². En la aclaración del tema sostiene: «Para toda teología y toda iglesia que se precien de ser cristianas, existe un mismo criterio interno que sobrepasa con mucho la crítica política, ideológica y psicológica que viene de fuera: el mismo Crucificado» (11).

1.1. *La centralidad del capítulo VI*

Compuesto el libro en ocho capítulos, el *VI es el central*, que da título a la obra: el «Dios crucificado», representando el *mejor resumen* de su reflexión, el que más nos puede sorprender y en el que vamos a permanecer. Confronta su pensamiento con teólogos de la categoría de Karl Barth, P. Althaus¹³, Karl Rahner, H. Urs von Balthasar, Heribert Mühlen, Hans Küng y Eberhard Jüngel.

Hace un encendido elogio de von Balthasar¹⁴: Más teológicamente que K. Rahner relaciona con el misterio íntimo en Dios mismo la entrega, el dolor y la muerte del Crucificado,

el momento en que la teología comienza a tener muy en cuenta la *política* y a hacerse también enseñanza *social*, «liberando de la duda a los cristianos y movilizándolo a los no cristianos a la esperanza».

¹² Los números que van entre paréntesis corresponden a las páginas del libro en cuestión.

¹³ A este gran teólogo, no muy conocido en España, le concede gran importancia y le menciona con relativa frecuencia. Llega a dedicarle citas de media y casi una página (286), en la que concede extraordinaria importancia a la cruz en la cristología y en la presentación mediante la kénosis del dolor de Dios.

¹⁴ H. Urs von Balthasar, «El misterio Pascual» en *Mysterium Salutis* III, Cristiandad, Madrid 1971, 143-337, especialmente 169 ss.

encontrando, a la inversa, en esta muerte de Jesús la plenitud de las relaciones trinitarias de Dios mismo. Con todo en este trabajo no se han tematizado las cuestiones fundamentales sobre la mutabilidad de Dios, su capacidad de sufrimiento y «muerte» (279), temas que estudia en algunas de sus obras más sobresalientes, que han tenido gran resonancia.

Un impulso considerable para estructurar su visión de la crucifixión, el dolor y muerte del Hijo de Dios lo recibe de Karl Barth con su crítica a la «muerte de Dios»: «El Padre sufre con él, pero no de la misma manera. La paradoja de que Dios “muera” en la cruz y, sin embargo, no esté muerto, se puede resolver trinitariamente, si se deja fuera por de pronto el concepto simple de Dios. El modo teopasiano de hablar de la “muerte de Dios” puede ser una metáfora general. Pero mirado más de cerca es insostenible» (282). De ahí que en un momento sostenga: «La muerte de Jesús no se puede entender “como muerte de Dios” sino sólo como muerte en Dios» (288).

Teniendo en cuenta los ponderables anteriores nuestro autor sostiene que

«la muerte de Jesús en la Cruz es el *centro* de toda la teología cristiana. No constituye el único tema de la teología, pero sí es en realidad la puerta de entrada para todos los problemas y respuestas sobre la tierra. Todas las afirmaciones cristianas sobre Dios, sobre la creación, sobre el pecado y sobre la muerte están orientadas hacia el Crucificado. Todas las afirmaciones sobre la historia, la Iglesia, la fe y la santidad, el futuro y la esperanza vienen desde el Crucificado. El Nuevo Testamento fluye en su variabilidad hacia el acontecimiento de la Crucifixión y Resurrección de Jesús y viene desde él. Es *un* acontecimiento y *una* persona. La adición de “Cruz y Resurrección” significa solamente la sucesión temporalmente insoslayable del discurso, no una yuxtaposición de hechos, porque Cruz y Resurrección no

son realidades en el mismo plano; con la primera expresión se significa un acontecimiento histórico, con la segunda, un acontecimiento escatológico en Jesús. En el centro no se encuentran por lo tanto «Cruz y Resurrección», sino la *Resurrección del Crucificado*, que cualifica su muerte sucedida por nosotros y la *Cruz del Resucitado*, que revela su Resurrección de los muertos a los mortales y la hace accesible» (189)¹⁵.

Estas constataciones ofrecen hondas repercusiones para objetivar, pensar y hasta relativizar nuestra idea de Dios. Desde la *kénosis*, desde el «radical vaciamiento de la naturaleza humana de Jesús, (cf el himno cristológico de Fil 2), la Cruz adquiere una importancia excepcional.

«Si a Jesús el crucificado se le llama “imagen viviente del Dios invisible”, esto significa *ése* es Dios y *así* es Dios. Dios nunca es más grande que en el sometimiento. Dios no es más soberano que en esa entrega. Dios no es más poderoso que en la impotencia. Dios no es más Dios que en esa humanidad. Cuanto la teología cristiana afirma de Dios se fundamenta en ese acontecimiento de Cristo» (190)¹⁶. Por la *kénosis* de Cristo Dios no es un Dios «apático», sino «sim-pático».

Esta reflexión, que parece tan dura a nuestro razonamiento, pero que contiene una gran hondura tanto teológica como filosófica, adquiere rasgos de poesía y belleza que no dejan de ser *sublimes*. Precisamente en la poesía se encuentra la *realidad más profunda* de las cosas y donde mejor podemos descubrir tanto la belleza de la verdad como del amor.

¹⁵ He querido hacer mi propia traducción, apartándome de la traducción castellana (283s).

¹⁶ En la traducción castellana está en la página 285.

1.2. *La culminación del punto 5*

Dentro de este capítulo adquiere *especial significación* las veinte páginas del punto 5. «Teología trinitaria de la cruz» (333-353). Aquí desarrolla una trinitariología crucis en la que se hace dos preguntas para afirmarlas: «¿Hay que pensar a Dios trinitariamente para comprender al Dios “humano”, al Dios “crucificado”? Y a la inversa, ¿puede pensarse a Dios trinitariamente en concreto, sin tener ante los ojos el acontecimiento de la cruz» (334). Las dos cuestiones básicas las responde de manera positiva, alcanzado su respuesta la culminación de su reflexión.

Da mucho qué pensar cuando sostiene que la teología trinitaria es lo que distingue a todas las iglesias cristianas de las demás religiones, del politeísmo, panteísmo y monoteísmo, así como de su manera de entender la fe, una fe que encuentra su expresión culminante en la cristología paulina y en el modo insuperable de presentar la *relación* existente entre el Padre y el Hijo en el acontecimiento de la salvación humana.

San Pablo llega a afirmar en Rom 8,31s «si Dios está con nosotros ¿quién estará contra nosotros? ¿El que no perdonó a su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, cómo no nos iba a regalar todo con él?». Pero hay algo más, el Padre «hizo pecado por nosotros» al Hijo (2 Cor 5,21), de tal manera que «se hizo maldición por nosotros» (Gal 3,13).

En el abandono del Hijo se abandona también el Padre a sí mismo. En la entrega del Hijo se entrega igualmente el Padre a sí mismo, pero no de la misma manera. Pues Jesús sufre la muerte en medio del abandono, pero no la muerte misma, pues la muerte ya no se puede “sufrir”, puesto que el sufrimiento presupone vida. Mas el Padre, que lo abandona y entrega sufre la muerte del Hijo con el dolor infinito del amor. O sea, que aquí no se puede decir, al modo patripasiano, que el Padre sufrió y murió. La pasión y muerte del Hijo en el abandono por parte del

Padre es un sufrimiento distinto del sufrimiento del Padre a causa de la muerte de su Hijo. La muerte de Jesús tampoco hay que entenderla simplemente en sentido teopasiano como la “muerte de Dios” (344s)¹⁷.

Moltmann sigue su argumentación y recalca la trascendencia del lenguaje trinitario para comprender teológicamente lo ocurrido en la muerte entre Jesús, el Hijo, y el Padre en su dimensión paterna:

«Hay que hablar trinitariamente para comprender lo que ocurrió en la cruz entre Jesús y su Dios y Padre. El Hijo sufre al morir, el Padre sufre la muerte del Hijo. A la orfandad del Hijo corresponde la carencia de Hijo por parte del Padre, y si Dios se ha constituido en Padre de Jesucristo, entonces sufre él en la muerte del Hijo también la muerte de su paternidad. Si no fuera así, la doctrina de la trinidad tendría aún un trasfondo monoteísta» (345).

Más adelante presenta la total diferencia en la unidad y en la misma esencia del acontecimiento de la Cruz, cuando en un resumen magistral afirma:

«En la Cruz el Padre y el Hijo mediante el abandono están separados en lo más profundo y, al mismo tiempo, en la entrega están identificados en lo más íntimo. Lo que sucede en este acontecimiento entre el Padre y el Hijo, es el Espíritu, que justifica a los sin Dios, a los abandonados llena de amor, e incluso vivificará a los muertos, porque también su estar muerto no les puede excluir de aquel acontecimiento de la Cruz, sino que también a ellos abarca la muerte en Dios» (231)¹⁸.

¹⁷ No entiendo por qué el traductor pone la palabra hijo con minúscula, como si su realidad divina no estuviera en paridad con la del Padre.

¹⁸ También he hecho mi propia traducción (en la castellana 346).

1.3. *En la unidad del Espíritu*

De aquí podemos deducir que en el acontecimiento de la muerte de Jesús en la Cruz se origina una serie de contraposiciones que va más allá del galimatías de las palabras: la no tenencia de la filiación del Padre corresponde a la no tenencia de la paternidad del Hijo, aun cuando Dios se ha constituido como Padre de Jesucristo en la unidad del Espíritu. Y aquí conviene prestar la máxima atención al Espíritu, completándose así las relaciones trinitarias.

«El Hijo sufre a causa de su amor el abandono del Padre en su muerte. El Padre sufre a causa de su amor el dolor de la muerte del Hijo. Lo que surge del acontecimiento entre el Padre y el Hijo se ha de entender como el Espíritu de la entrega del Padre y del Hijo, como Espíritu que da amor a los abandonados, como el Espíritu que vivifica lo muerto. Se trata del amor incondicional y, por lo tanto infinito, que sale del dolor del Padre y de la muerte del Hijo y que viene sobre los abandonados para darles la posibilidad y la fuerza de la nueva vida» (347).

El sufrimiento y la muerte del Hijo en *total desamparo* por actuación del Padre es un sufrimiento distinto al sufrimiento del Padre en la muerte del Hijo. Entre el Padre y el Hijo se verifica tanto la comunión en el estar separados como el estar separados en la comunión. Por eso la Trinidad encuentra su origen en la Cruz de Cristo, de tal manera que no puede darse otro origen. Donde culmina la *mayor violencia* de los hombres contra el Justo por excelencia, allí se hace presente, incluso más pleno el amor del Padre: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en el no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3,16). De lo presentado hasta aquí se deduce que Moltmann habla de un *Padre doliente*, de un pathos por los hombres, que se muestra en el sufrimiento del Hijo en la

Cruz, lo que tiene hondas repercusiones en la teología trinitaria y en la misma concepción del Dios uno y único¹⁹.

1.4. *Valoración del acontecimiento de la Cruz*

Quizá el *mayor mérito* de Moltmann esté en haber centrado toda su teología trinitaria en ahondar magistralmente en la *Cruz de Cristo*, que escribo siempre con mayúscula, aunque la traducción

¹⁹ Moltmann se sintió «fuertemente impresionado por la obra pionera del teólogo japonés Kitamori, dado a conocer en nuestro país por González Faus» (Crítica al libro en *Razón y Fe*, noviembre 1976, 28). Este luterano, de nombre Kazoh, escribió en 1946 su famosa *Theology of the Pain of God*, traducida al castellano por Sígueme. Cf. José Ignacio González Faus, «La teología Del Dolor De Dios»: Kitamori». *Estudios Eclesiásticos. Revista de investigación e información teológica y canónica* 48, no. 184 (enero 1973): 5–40.

El teólogo de Tübinga mostró también una gran empatía con el *pueblo judío* en multitud de ocasiones. En la entrevista mencionada nos ofrece el testimonio estremecedor de Franz Rosenzweig, un gran pensador judío, traductor de la Biblia, que desarrolló el *pensamiento real* de que la presencia de Dios con su pueblo, después de la destrucción del Templo, no ha dejado de variar y no ha encontrado patria, de modo que ha peregrinado permanentemente con los suyos a través del exilio. En su obra *La estrella de la salvación* Rosenzweig lo ha expresado de este sugestivo modo: «Dios se separa de sí mismo y se pone en camino con su pueblo, sufre con él su sufrimiento y echa a sus espaldas la miseria de lo desconocido, no dejando de caminar con los mismos pasos de su pueblo. En esta impresionante teología de la presencia de Dios debe encontrarse ciertamente el trasfondo de la incisiva cristología, que expresa el prólogo del *Evangelio de San Juan*: «El Verbo se hizo carne y puso su tienda en medio de nosotros»; o la que sostiene la *Carta a los Colosenses*: «habitó corporalmente la plenitud de Dios». En esa inhabitación de Dios en Cristo se muestra la presencia personal divina, que no deja de acompañarnos en nuestros sufrimientos a través de la historia hasta que la Trinidad sea «todo en todos». Y reflexiono: A pesar de todos los pesares, más allá de los sufrimientos, conviene que descubramos también la gracia de nuestra época. A pesar de sus limitaciones vivimos en el mejor de los tiempos, ya que es el momento del *ahora divino*, en el que mediante la gracia de la compañía trinitaria peregrinamos por tierra sagrada donde brotará, está brotando ya, una nueva creación. El Padre nos espera en el futuro, mientras el Espíritu de Jesús va sanando nuestros dolores con el bálsamo de su amor.

castellana la pone con minúscula. Conforme a la terminología alemana habla con mucha frecuencia de la Cruz como un «Ereignis», es decir como un «acontecimiento mayor»²⁰, primeramente entre Jesús y el Padre. En realidad como el *acontecimiento máximo entre ambos*, que siempre hay que tener en cuenta, para valorar la verdadera significación de su singular *relación en el amor*.

De aquí saca un cúmulo de consecuencias necesarias para entender la doctrina de las *relaciones trinitarias*. Con toda clase de expresiones, que no resulta fácil traducir al castellano, va elaborando una enseñanza acerca de la *pasión de Dios*, que va mucho más allá de la tradicional doctrina de la *impasibilidad* divina y de la celebrada distinción de Karl Rahner consistente en que la Trinidad inmanente es la Trinidad de la historia de la salvación y viceversa. La historia de Jesús se identifica con la historia de la Trinidad, de tal manera que Dios se va haciendo historia, haciéndose experiencia del y en el mundo, en el que el hombre ocupa un situación privilegiada.

Aún recuerdo las clases de Pannenberg en Múnich, uno de los mayores críticos de Moltmann²¹. Según sostiene Wolfahrt

²⁰ Hay que distinguir convenientemente *dos realidades* que están llamadas a diferenciarse debidamente: el suceso y el acontecimiento. El *suceso* es algo que pasa en la vida humana, pero que apenas tiene trascendencia en la mayoría de los casos. Los sucesos no suelen *dejar registro en la memoria*, de modo que igual que vienen se van. Nuestra existencia está plagada de sucesos, que se nos olvidan fácilmente. Los acontecimientos constituyen fenómenos *personales* en nosotros de otro tipo. No se olvidan, permanecen fijos en el recuerdo y cuando son *acontecimientos mayores*, están presentes y actuantes en el quehacer cotidiano, ya que constantemente obran en nosotros. Nadie olvida el día de su casamiento, de su ordenación sacerdotal, de su profesión religiosa, de la muerte de sus padres. La Muerte y Resurrección de Cristo poseen tal *densidad personal* que constantemente están en nosotros. Las actualizamos en el bautismo, la eucaristía, la recepción de los demás sacramentos, la oración, la práctica de la espiritualidad y en infinidad de pensamientos y reflexiones.

²¹ Ambos quizá pueden considerarse como los dos *crisólogos sistemáticos de cuño luterano* más importantes de la segunda mitad del siglo XX. Sus impulsos pioneros

Pannenberg *El Dios crucificado* presenta la historia de Jesús y precisamente en esa existencia terrena se revela la *enseñanza de la Trinidad*. En cambio Pannenberg en sus *Fundamentos de cristología* intenta fundamentar la divinidad de Jesús en esa historia. Moltmann hace grandes esfuerzos por fundamentar la Trinidad en la historia de Jesús y precisamente ese esfuerzo constituye el *único auténtico avance* para la cristología de hoy de *El Dios crucificado*. Todo lo demás tiene su asiento en esta constatación.

Sus colegas católicos en Tübinga han hecho *afiladas críticas* al libro, aunque no dejan de reconocer que se trata de una obra de lo más sugerente, que debe ser leída con atención. Pero dejo aquí estas tres perlas donde expresan su *disconformidad* con breves frases, que bien merecían ser desarrolladas más, para que se entienda convenientemente lo que quieren formular:

«El Dios de Moltmann no es amor, sino un Dios que se va haciendo amor», pero «el ser de Dios no está solo en el llegar a ser». «En realidad Dios no es persona, sino un proceso del Padre y del Espíritu Santo». Verdaderamente la enseñanza trinitaria no es otra cosa que un «resumen de la historia de la pasión de Cristo»²². Ciertamente estas cortas frases contienen algo de crítica lacerante, pero lo que sí es verdad es que nuestro autor no siempre expresa su pensamiento con la *claridad* que debiera y en algunas de sus formulaciones llega demasiado lejos.

han originado significativos avances en la cristología, que encontró su *edad de oro* en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Cf. Jon Sobrino, *Significado de la cruz y de la resurrección en las cristologías sistemáticas de W. Pannenberg y J. Moltmann* (Frankfurt 1975). En sus clases de Múnich de los años 70 escuché afirmar a Pannenberg que en algunas ocasiones no se entiende muy bien lo que quiere expresar Moltmann y sería bueno que buscara más claridad en sus exposiciones trinitarias. ¿Esa falta de claridad no puede ser un *subterfugio* para esconderse detrás de ellas y expresar verdades a medias?

²² Eugen Walter, «Diskussion über Moltmann» *Christ in der Gegenwart*. Friburgo de Brisgovia 1979.

1.5. Una pregunta crítica: ¿La Trinidad es pasible o impasible?

Abordamos ahora, aunque sea de manera bien somera, el tema del «dolor de Dios», que ha encontrado tantos defensores como detractores entre los grandes teólogos de los últimos tiempos. La pregunta del título ha tenido especial relevancia, a partir de la segunda mitad del siglo XX, en la teología católica, ya que la respuesta era clara en las épocas anteriores al Vaticano II: Dios *no puede sufrir*, en modo alguno padece, es esencialmente impasible, debido a la plenitud de sus prerrogativas.

En el desarrollo de la teología actual, tanto la católica como la protestante, encuentra muchas matizaciones, pudiéndonos perder en su detenido tratamiento. Siguiendo las pautas de *El Dios crucificado*, echemos un vistazo en la teología protestante, sobre todo la luterana, que es la que en este sentido más se ha significado.

Nos encontramos con *dos posiciones bien diferenciadas*, que vienen de lejos: Ya hemos hecho referencia a nuestro autor que sostiene la *pasibilidad divina* y lo hace con toda clase de formulaciones, como hemos comprobado con meridiana claridad en las citas anteriores. Expresado de forma sencilla e impactante: *El Padre sufre en y por su Hijo*. Y en esta misma posición estaría también *Eberhard Jüngel*, que se ha unido decididamente al modo de pensar de su amigo y colega en Tübinga aunque con sorprendentes matizaciones. Ambos están muy influenciados por Lutero y su teología de la Cruz.

Jüngel escribió el año 1977 una obra que también le hizo famoso *Dios como misterio del mundo* (Gott als Geheimnis der Welt): Parafraseando la frase clave de la teología paulina «Dios es gracia», gratuito, porque lo vale todo, no puede entenderse como necesario, ya que de ser así estaría sujeto al razonamiento humano. Pero en la Sagrada Escritura el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, es decir, el Padre de Jesucristo, no está sujeto a las reglas de

la pensar humano. Lo que no quiere decir que sea irracional, sino que está más allá de ese modo de argumentar, porque la realidad de su ser y quehacer se identifica con el *amor* (1 Jn 4,8.16)²³.

Teniendo como base el axioma de la *apatía divina*, en el sentido de *imposibilidad de sufrir*, tendríamos que colocar a K. Barth y a la mayoría de los representantes de la teología dialéctica en sus razonamientos más radicales. La divinidad de *Dios no puede sufrir*, aunque la afirmación no ponga en duda que la Trinidad sea *sensible al dolor*. Pensar lo contrario, significaría caer en una desconsideración de la infinitud del amor divino.

²³ Para E. Jüngel la teología cristiana se identifica de tal manera con el Crucificado, que aquella no puede darse sin este. También para este autor la Cruz de Jesús juega una transcendencia excepcional, hasta el punto que hace trizas todas las formas de hacer teología. Se dice a veces que de Dios *casi* no podemos hablar ya que *desborda* todo lo que podamos afirmar sobre su realidad, porque constituye un *misterio insondable*. Ante esta objeción Jüngel da un «sí», pero mismo tiempo también un «no». El Padre del Crucificado se hace tan cercano a nosotros, nos acompaña de tal manera con su presencia amorosa, que en esa singular cercanía descubrimos *lo radicalmente distinto* que es de nosotros. Si alguien se ha preguntado alguna vez hasta dónde es capaz de amar quizás haya respondido que *hasta determinado límite*, sin embargo la Trinidad puede amar hasta el punto increíble de *identificarse con el Crucificado*. Se trata entonces de un amor «sin límites», que no conoce fronteras en su infinitud. De aquí surge una pregunta: ¿Hay manifestación mayor del amor, que identificarse precisamente con alguien que nunca nos hubiéramos imaginado? En el Crucificado encontramos la *máxima cercanía divina*, ya que es capaz de identificarse con lo más *radicalmente humano*, lo más desvalido, lo más caduco. Precisamente en esa cercanía tan profunda es donde se nos revela hasta dónde llega el Padre en su Hijo por el Espíritu en su capacidad de amar y, al mismo tiempo, hasta dónde resulta posible descubrir y experimentar a una Trinidad, que no rehúye el sufrimiento sino que lo acepta y hasta llega a complacerse en él en la medida que es la manifestación del amor. ¿En el fondo no es el amor una *renuncia a uno mismo* para abandonarse en *el otro* y desde el otro redescubrir un nuevo ser, que puede ser amado también con sus aflicciones? Cada uno de nosotros tendemos a cerrarnos en nosotros mismos; pero cuando brota *de verdad el amor*, introduce siempre algo decisivo en la propia vida. Como sostiene Jüngel en una frase hermosa: «Surge el amor y muere el yo, el déspota oscuro».

Ambas posiciones han tenido su momento estelar, en el presente se trata de un tema que ha dejado de *mantener demasiada actualidad* por las dificultades que encuentra y porque estamos situados en otro momento de la teología. La segunda cosechó unanimidad en otros tiempos que ya han pasado en la reflexión trinitaria. La primera ha encontrado y sigue encontrando un *eco enorme* de aceptación y también de crítica, no solamente en el ámbito de la teología de habla alemana, también en otros círculos, que superan los límites confesionales.

En un término intermedio contamos con la posición de W. Pannenberg que considera inadecuado mantener globalmente la «muerte de Dios», aunque se permite hablar de la «compasión del Padre» en los sufrimientos del Hijo en la Cruz, cuando mantenemos la confesión de que Dios es amor (1 Jn4,8-16)²⁴. Pasa de hablar del «dolor de Dios» a la «muerte de Dios». Con una formulación precisa podíamos mantener la imposibilidad del sufrimiento en el Padre y en el Espíritu Santo, pero sí podemos sostener que *el Hijo sufrió*, fue crucificado, tuvo una muerte horrenda y fue sepultado, pero todo ello *en cuanto su naturaleza humana*.

La teología católica, que en su conjunto siempre ha reconocido un gran peso a las instancias de la *teología natural* y ha estado abierta a la tradición filosófica, se manifestó en general con muchas más reservas al respecto y casi por unanimidad mantuvo entre las prerrogativas divinas la *imposibilidad*. Al margen de ciertas referencias aisladas, poco controlables y verificables, en algunos trabajos de exégesis y teología bíblica, será necesario esperar *hasta*

²⁴ «Zwar ist es nicht richtig pauschal vom “Tode Gottes” am Kreuz zu sprechen... Nur vom Sohn Gottes ist zu sagen, dass er gekreuzigt, gestorben und begraben wurde... Auch der Vater kann nicht als unberührt vom Leiden seines Sohnes gedacht werden, wenn gelten soll, dass Gott Liebe ist» W. Pannenberg, *Systematische Theologie* I (Göttinga 1988) 341s. Cf J. M. Martínez Camino, *Dios hoy. El problema de la teología natural en W. Pannenberg y E. Jüngel* (Frankfurt 1989).

los años setenta para que la pregunta acerca del dolor de Dios entre de lleno en los planteamientos de la teología sistemática. Desde que se publicó *El Dios Crucificado* y se impuso su influencia, ha cambiado la manera de abordar el tema en cuestión, aunque no falten las objeciones.

Ya hemos ofrecido la posición de H. Urs von Balthasar, alabada por Moltmann²⁵. Karl Rahner es contrario al pensamien-

²⁵ Para von Balthasar el sufrimiento encierra en sí mismo mucho valor para diseñar la teología y más la trinitaria: «Quizá no exista una pregunta más angustiosa para el hombre que esta: ¿cómo puede un Dios, en caso de que exista, permitir el sufrimiento espantoso del mundo, y presenciarlo a lo largo de siglos y milenios mientras va continuamente pasando ante sus ojos? La humanidad ha escuchado toda clase de respuestas, infinidad de veces, y frente al peso de la pregunta siempre las ha encontrado demasiado ligeras y las ha rechazado. Pues esta pregunta es como una herida mortal que permanece abierta y para la que no existe remedio. Pero, si no tiene cura, ¿no se debería buscar, al menos, algún sedante, algún paliativo? Esto lo hacemos todos, todo el tiempo. Habrá que investigar si estos remedios son suficientes y en qué medida lo son. Su oferta es amplia y algunos los toman ansiosamente; y ya que no existe una cura total, al menos sirven como una solución provisional. Tendremos que examinar en detalle los estantes de esta farmacia humana. Más allá de todo fármaco humano Dios ofrece en Jesucristo su propia medicina, diferente de todas las demás. Si ella es digna de ser recomendada y es capaz de demostrar su eficacia, también habrá que examinarlo. Pero aun suponiendo que sea la más aceptable, ¿no sigue quedando abierta, en el fondo, la pregunta inicial: cómo puede un Dios, el aparentemente bondadoso Dios de Jesucristo, hacer las paces con esta masa desmedida de sufrimiento del hombre y del mundo? ¿No es aplastado por esa desmesura? ¿No es la pregunta que ante El clama al cielo más fuerte que cualquier respuesta que pueda esperarse de ese más allá?» Hans Urs von Balthasar, *Dios y el sufrimiento*, Ediciones San Juan, Madrid, 2022, 7-8. Pero Dios no contempla el sufrimiento desde *fuera* sino desde dentro: «Preguntemos más en profundidad. Ciertamente, el mundo creado que aquí sufre no es Dios. Pero, ¿dónde debería estar el mundo sino, también él, en Dios, ya que nada puede existir fuera del Dios omnipresente? El lugar del mundo está allí donde en Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una única vida eterna del amor, y esta solo puede ser vida del amor porque las Personas en Dios se diferencian, no obstante su unidad esencial. Así el cristianismo sabe (ella sola entre las religiones monoteístas) que la diferencia es algo bueno, y por eso también que la diferencia —que permanece— entre Dios y el mundo creado no pone en cuestión el hecho de que el mundo es y está en Dios. No

to del sufrimiento de Dios y nos suministra un argumento, para justificar su posición, que nos puede hacer reflexionar: ¿Qué nos reportaría de positivo a los humanos un Dios que sufriera, cuando lo que queremos es *acabar con el sufrimiento* como expresión de un mal que nos atenaza y no nos permite ser felices? Es verdad que en esta vida quien ama sufre, pero el *amor definitivo* supera con creces el sufrimiento.

La posibilidad del *sufrimiento de Dios* queda abierta en los trabajos doctorales de H. Küng y de H. Mühlen y es tratada expresamente por autores como F. Varillon, J. Galot, G. Lafont, D. Gonnet, dentro de una tradición propia del pensamiento francés. En el ámbito de habla alemana, aparte de trabajos como los de H. Riedlinger, G. Greshake y N. Hoffmann, merece destacarse en capítulo aparte el proyecto sistemático de H. U. von Balthasar en una perspectiva de teología trinitaria y en lúcida confrontación con otros planteamientos contemporáneos.

existe otro lugar. Y esto mismo también significa que el sufrimiento del mundo está muy cerca del corazón de Dios, ya sea el sufrimiento que existe en la naturaleza o el peor, el que surge de la libertad humana y que los hombres se infligen unos a otros, al que Dios no puede simplemente dejar pasar, sino que debe juzgar. Todo esto está en Dios. Es una ilusión óptica del hombre «filosofante» pensar que el sufrimiento suceda “aquí abajo” y que “allá arriba” un Dios beatamente desinteresado se quede simplemente mirando. Todos los puños erguidos contra el cielo del hombre rebelde apuntan a una dirección falsa. El que sufre, el que grita en agonía está en Dios. Lo está, porque el mundo entero, así como es, con toda su sangre y todas sus lágrimas, ha sido planeado y creado en Cristo, más concretamente: en el Cristo crucificado. El Padre nos ha elegido de antemano “para ser sus hijos adoptivos en Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad... En su Hijo amado tenemos, por medio de *su sangre*, la redención, el perdón de los pecados” (Ef 1,5.7). Nosotros somos “rescatados... por la *sangre* preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, de Cristo, elegido *de antemano* [pre-destinado] antes de la creación del mundo” (1 P 1,18-20). Esto nos dice que ya desde siempre el amor de Dios ha abrazado desde abajo y sostenido todo el sufrimiento del mundo. Un amor divino trinitario, naturalmente, cuyas dimensiones nadie podrá sondear” (ibídem 20-23).

El tema ha encontrado también su lugar correspondiente en los diccionarios teológicos y en los distintos tratados de teología dogmática dedicados al misterio de Dios y a la cristología, que han ido apareciendo en los últimos años del siglo XX y en los años transcurridos del siglo XXI.

La misma *Comisión Teológica Internacional* ha abordado la cuestión del dolor de Dios, e incluso Juan Pablo II en la encíclica *Dominum et Vivificantem* (1986) habla de «un dolor inefable que la Escritura parece percibir en las profundidades de Dios e incluso en el corazón de la Trinidad incomprensible».

Para comprobar el interés y el tratamiento del tema en nuestro contexto de *habla española* basta consultar las distintas obras de *teología sistemática* aparecidas entre nosotros, así como los artículos y las colaboraciones de las revistas especializadas y en *Semanas de Teología*, sobre todo las mantenidas en el *Secretariado Trinitario de Salamanca*, especialista en los temas trinitarios.

Finalmente, en los planteamientos teológicos actuales hay *interés*, más aún, una cierta preferencia por el discurso teológico sobre el dolor o sufrimiento de Dios. Ahora bien, como el mayor o menor número de partidarios de un planteamiento o de una propuesta teológica nunca es el argumento decisivo para su valoración, se impone una posterior tarea de *discernimiento crítico* para percibir qué es lo que se encuentra en juego en tal preferencia²⁶.

²⁶ El tema ha sido tratado en profundidad por Santiago del Cura Elena, «El “sufrimiento” de Dios en el trasfondo de la pregunta por el mal: planteamientos teológicos actuales». *Revista Española de Teología*, Vol. 51, números 2 y 3 (1991). Aquí puede encontrarse una abundante bibliografía sobre la cuestión, que no deja de crecer.

1.6. RESUMEN FINAL:

En la solapa de *El Dios crucificado* aparecen las siguientes reflexiones, que pueden servir de resumen a todo lo expuesto hasta aquí: «Jesús murió gritando su abandono por parte del Padre. Toda teología y toda existencia cristiana responden en realidad a la pregunta del Jesús moribundo. También el ateísmo de las propuestas y rebeliones contra Dios responde a esta pregunta. El Jesús abandonado de Dios, o es el fin de toda teología, o marca el principio de una teología y de una existencia específicamente cristianas y, por lo tanto, críticas y liberadoras».

Cada uno puede sacar las conclusiones que le parezcan más convenientes, siempre que mantengan dos afirmaciones irrenunciables, que dejó testimoniadas Pablo con sus formulaciones que se han mantenido vivas en la historia del cristianismo y están protegidas y sancionadas por la revelación:

- «Los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará» (Rom 8,18). El dolor no es eterno, tendrá su *fin*.
- «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24). El sentido del dolor cristiano es padecer *con* y *como* Cristo.

Ambas afirmaciones parten de un mismo convencimiento: Los sufrimientos terminarán en la culminación del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu, de manera que el dolor del Hijo humanado servirá como expresión de un camino *necesario* y *tormentoso*, que al final nos conducirá a la felicidad eterna.

2. TRINIDAD Y REINO DE DIOS

Su tercera obra lleva por título *Trinidad y Reino de Dios* y constituye una profundización de *El Dios crucificado*. De ahí que la abordemos antes de *La Iglesia fuerza del Espíritu*, escrita anteriormente, pero con perspectivas diferentes como tendremos la ocasión de comprobar en su momento. Tratamos su contenido de manera más breve, intentando sintonizar con las reflexiones que mejor nos pueden ayudar a profundizar en el pensamiento trinitario moltmiano.

2.1. *La historia del sufrimiento de Dios*

Al final del prólogo afirma: «Una imagen ha presidido estas reflexiones en torno a la doctrina trinitaria: el admirable icono ruso de Andrei Rublev, del siglo XV, en el que las tres personas muestran con su íntima compenetración la profunda unidad que las liga y en la que son el Dios Uno. El cáliz sobre la mesa sugiere la entrega del Hijo en el Calvario. Como el cáliz en medio de la mesa, alrededor del cual se sientan las tres personas, la cruz del Hijo está desde la eternidad en el centro del misterio trinitario. El que capta la verdad de esta imagen, comprende que los hombres solo sintonizan con el Dios trino a través de esa unidad que dimana de la entrega del Hijo “por todos”» (13s). Y llegan a tener *experiencia* del Reino cuando llegan a comprender su dolor por nosotros como el acto supremo de la salvación.

Se trata ahora de enfocar la teología trinitaria desde una determinada perspectiva, en la que juega una gran trascendencia la historia, entendida en el sentido siguiente. «La Biblia es el testimonio de la *historia de Dios* con los hombres y también de las *experiencias de Dios* con los hombres... En su experiencia de Dios el hombre se entera parcialmente y “como en un espejo

oscuro” de las experiencias que Dios hace con él» (18) y así «se le va revelando el misterio de la pasión de Dios. Entonces conoce la historia del mundo como historia del *sufrimiento de Dios*... Si el hombre siente la infinita pasión del amor de Dios, que en él se expresa, llega a entender *el misterio del Dios trino*» (19).

2.2. *La historia del Hijo*

Después de hablar de la teología trinitaria hoy y de la pasión de Dios centra sus reflexiones en el hecho incuestionable de que *«el nuevo testamento habla de Dios narrando y anunciando las relaciones comunitarias del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo de cara al mundo»* (80). No existe otro punto de partida para establecer la doctrina histórica de la Trinidad que partiendo de la *historia del Jesús terreno*, en cuyo centro se alza la predicación de la llegada del Reino de Dios. El primero de los evangelistas, del que se hacen eco después los otros sinópticos, resume toda la buena noticia así: «Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: “Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio”» (Mc 1,14-15).

En la historia del Hijo confluyen cuatro realidades cristológicas: 1) el envío del Hijo; 2) la entrega del Hijo; 3) el encubramiento del Hijo y 4) el futuro del Hijo, desembocando el conjunto en los «avatares de la trinidad abierta», consistente en que el denominador común de los modelos trinitarios: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo «es sin duda la soberanía de Dios. El “hilo rojo” de los testimonios bíblicos es la historia del reino de Dios. Pero esta historia del reino de Dios es una historia trinitaria... Se desarrolla al modo terreno, pero dentro de la trinidad: como historia del reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (110).

2.3. *El Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*

En el acontecimiento del Reino se revela la historia del Padre y del Hijo, pues, a diferencia de lo que formuló A. von Harnack en su famosa obra *La esencia del cristianismo*: «no el Hijo, sino sólo el Padre, tal como Jesús lo predicó, pertenece a la entraña del Evangelio», para Moltmann el Hijo ciertamente forma parte integrante del reino que Jesús anunció²⁷. Resulta del todo imposible establecer separación alguna entre la predicación del Reino del Padre y la persona de Jesús. Porque el Reino que Jesús anuncia es el reino que el Padre ha traspasado al Hijo y que pertenece también al Espíritu Santo.

Desde esta posición Moltmann puede afirmar una de sus tesis fundamentales de la teología trinitaria: este reino, que expresa su contenido esencial en la *soberanía divina* no posee una estructura *monoteísta*, sino trinitaria, como demuestran las *relaciones existentes* entre Jesús Hijo y su Padre Soberano, al que pertenece el reino y que lo entrega al Hijo para su revelación y difusión en el Espíritu Santo. La soberanía de Dios se revela desde la soberanía del Cristo. Pero el Hijo no se apropia de esta soberanía ni de este reino que le es entregado, sino que lo devuelve al Padre, abriendo así un espacio al reino de la gloria y preparando la inhabitación de Dios en la nueva creación (propio de la esfera del reino del Espíritu) a fin de que Dios sea «todo en todos»²⁸.

En este sentido se despliega la obra creadora del Padre, la encarnación del Hijo y la transfiguración del Espíritu Santo, de modo que en esta fundamentación podemos llegar a entender lo que constituye «la monarquía trinitaria» como la entiende de Karl

²⁷ Orígenes lo expresó así: Cristo es «autobasileia», el mismo es el reino. Y lo mismo podemos decir del Padre y del Espíritu: Ellos son el reino, sus protagonistas, sus principios originantes y sus fines concebidos como eternidad.

²⁸ Cf. 1 Cor 15,24-28; Flp 2,6-11.

Barth y «la triple autocomunicación», propia de la posición del Karl Rahner.

La lógica de la idea central de la autorrevelación de Dios, tal como la expuso Karl Barth en 1927 interesó siempre a nuestro autor, como ya lo hemos expuesto anteriormente. Este es su principio básico expuesto en su *Kirchliche Dogmatik*: «La palabra de Dios es Dios mismo revelándose. Dios se revela como Señor. Sólo él es el sujeto que revela. Él es la revelación misma. Y él es el revelado» (157). Porque en la revelación «el Padre y el Hijo son un solo Dios, no sólo están ligados, sino que están en el Espíritu, en el amor, y por lo tanto Dios es amor y el amor es Dios» (160).

Karl Rahner ha desarrollado su doctrina trinitaria bajo presupuestos casi idénticos con Karl Barth, aunque parte del concepto moderno de persona. «El mismo Dios uno se nos da como Padre, como Hijo-Logos y como Espíritu Santo o, en otros términos, el Padre se nos da en autocomunicación absoluta por el Hijo en el Espíritu Santo» (164), pasando así de la doctrina clásica de la Trinidad a la Trinidad el sujeto absoluto. Esa autocomunicación absoluta puede ir ligada al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, pero no puede considerarse forzoso que así sea. El único Dios-sujeto es el Padre. El Hijo es el mediador histórico y el Espíritu Santo «en nosotros» es el lugar de la autocomunicación de Dios. Según Moltmann, la interpretación de Rahner «oscurece la historia bíblica del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, haciendo de ella una ilustración externa de esta experiencia interna» (166).

De ambas interpretaciones podemos deducir que la *soberanía del Padre* no se agota en el Hijo, sino que desde él y con la fuerza creadora del Espíritu fluye hacia las personas humanas, porque esa soberanía no se encierra en sí misma, va más allá del Hijo y del Espíritu en la voluntad infinita de expandir su fuerza creadora en el mundo, que encuentra su obra más magnífica en el despliegue de la humanidad.

En definitiva el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo consiste en la plasmación de la libertad, que confiere sentido a la vida humana, pasando a ser los *hijos del Padre*, que «están unidos en la hermandad. La libertad de los hijos de Dios reside, entre otras cosas, en el acceso libre de unos a otros por el amor que los liga y en el gozo que encuentran unos en otros» (236).

En el reino del Espíritu la libertad íntima de los hijos permanece, pero también cambia cualitativamente. De siervos pasa a ser *amigos del Padre* (Jn 15,15), llegando a una relación inmediata, gozosa con el Padre. Esta amistad nace de la entrega del Hijo (Jn 15,13s) y se puede considerar como la expresión concreta de la libertad.

Moltmann acaba su obra con estas palabras, que nos conducen a la plenificación de la esperanza: «*En el conocimiento de Dios cara a cara*, la libertad de los siervos, de los hijos y de los amigos de Dios llega a la consumación en Dios. Entonces la libertad consistirá en la participación ilimitada de la vida, en la plenitud inagotable y en la gloria del Dios trino. “Nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”, dijo Agustín. En relación con la libertad podemos decir que nuestro corazón está prisionero hasta que se libera en la gloria del Dios trino»²⁹.

3. LA IGLESIA FUERZA DEL ESPÍRITU

La cristología trinitaria configuró con mucho acierto su especulación teológica. Pero no todo estaba dicho, se le ensanchaba un campo grandioso. De la cristología pasó a la pneumatología y quizá haya sido la pneumatología trinitaria donde más esfuerzos ha concentrado, escribiendo varios libros desde

²⁹ *Trinidad y Reino de Dios*, 238.

distintas posiciones. El que ahora comentamos es el primero que está orientado en *perspectiva pneumatológica* y ha tenido continuación con otra obra elaborada más sistemáticamente *El Espíritu de la vida*. Su pneumatología es sensible a la teología ortodoxa y ha acusado a la teología occidental latina de un cristomonismo, que se ha olvidado del Espíritu.

3.1. *Resurrección y cruz, cristología y pneumatología*

Moltmann empezó desarrollando en profundidad la Resurrección de Cristo en su *Teología de la esperanza*, más tarde hizo hincapié en la Cruz de Cristo en *El Dios crucificado*. El libro que ahora nos ocupa ofrece una estrecha relación con estas dos obras. «Ambas perspectivas (resurrección del Crucificado y cruz del Resucitado) permanecerían incompletas si no hablase de la “misión del Espíritu”, su historia mesiánica y la fuerza carismática de su comunidad. Por eso este libro quisiera ser un complemento de los anteriores» (15)³⁰.

De los siete capítulos de este libro me interesan: el capítulo segundo, en su punto 4. *La Iglesia en la historia trinitaria de Dios*. También los capítulos quinto: *La Iglesia en el presente del Espíritu* y el sexto: *La Iglesia bajo el impulso del Espíritu*. No resulta posible desarrollar los tres puntos con la debido ahondamiento, pero sí expresar algunos pensamientos sobre ellos.

³⁰ No he considerado aquí la *Teología de la esperanza*, porque no es un libro trinitario. De donde deduce la trinitariología nuestro autor es de la Cruz de Cristo, aunque la Resurrección también ofrezca remarcadas connotaciones trinitarias.

3.2. *La Iglesia en la historia trinitaria de Dios*

Una pregunta doble puede desatascar la situación actual: «Viene la salvación al mundo a través de la iglesia? Sólo puede salirse de aquí invirtiendo la pregunta: ¿No hay que decir más bien que sólo hay iglesia porque hay salvación del mundo?» (74). La salvación no viene de la iglesia, sino de la Trinidad, verificada mediante el impulso del Espíritu. Los intentos de entenderse a sí misma «son los intentos de entender el desenvolvimiento de la historia trinitaria de Dios con el mundo, y, a la inversa, sus tentativas de entender este desenvolvimiento, son tentativas de entenderse a sí misma».

La glorificación del Padre y del Hijo por el Espíritu queda al descubierto en la historia del Espíritu, tal como se ofrece en su lugar central, en la comunidad de la pasión de Cristo y de su muerte. «El sentido escatológico de la misión mesiánica de Cristo y del Espíritu consiste en la glorificación de Dios y la liberación del mundo, de tal manera que Dios es glorificado a través de la liberación y redención de la creación y no quiere ser glorificado sin que su creación sea liberada al mismo tiempo» (83).

La Iglesia participa tanto en la *misión mesiánica* de Cristo como en la *misión creadora* del Espíritu y todo para la *glorificación* del Padre a través de la liberación de la creación, lo que supone *reconciliación* entre los hombres y manifestación en *historia de la alegría* del Espíritu del Padre y del Hijo.

3.3. *La Iglesia en el presente del Espíritu*

Merece la pena detenerse en cada uno de los puntos de este capítulo: 1. El envío del Espíritu como sacramento del reino. 2. El evangelio. 3. El bautismo. 4. La cena del Señor. 5. El culto. 6. Estilo de vida mesiánico.

En el estilo de vida nueva y regenerada por las realidades mencionadas surgen tensiones creadoras entre oración y fidelidad a la tierra, contemplación y lucha política, trascendencia y solidaridad.

«La unidad dialéctica de *oración y fidelidad a la tierra* fue el secreto fascinante de la religiosidad de Dietrich Bonhoeffer. Sus cartas desde la prisión —publicadas bajo el dramático título de *Resistencia y sumisión*— se han convertido en un breviario para los cristianos comprometidos de todo el mundo». Este hombre perseguido, cristiano ejemplar y teólogo de nuestro tiempo «combatió apasionadamente la religiosidad apartada del mundo... pero también se opuso con el mismo apasionamiento a la mundanidad chata y banal de los pretendidos ilustrados que quieren disfrutar del presente y se resignan ante el futuro y, por consiguiente, viven a sí mismo esta vida a medias y sin pasión» (335).

Necesitamos una espiritualidad orientada hacia la trascendencia y hacia la solidaridad, teniendo en cuenta la importancia existente entre saber equilibrar una oración auténtica con acción política: «La tensión entre oración y compromiso político, entre lectura de la Biblia y lectura del periódico» debe siempre mantenerse y nunca suprimida. «La *solidaridad* no es la solidaridad del Crucificado si no lleva a la trascendencia de aquel futuro en el que fue resucitado. Trascendencia y solidaridad constituyen dos aspectos insoslayables del estilo cristiano de vida. Si los separamos el uno del otro o los enfrentamos entre sí, la nueva vida se hace imposible o queda destruida» (339s).

3.4. *La Iglesia bajo el impulso del Espíritu*

Moltmann empieza este capítulo con una consideración programática: «La iglesia se entiende a sí misma en la *actualidad*

del Espíritu como el pueblo mesiánico del reino venidero cuando escucha el lenguaje del tiempo mesiánico y, en el bautismo y la cena del Señor celebra los signos del éxodo y de la esperanza. En la fiesta mesiánica deviene consciente de su libertad y misión. *Bajo el impulso de Espíritu*, la iglesia se experimenta a sí misma como la comunidad mesiánica al servicio del reino de Dios en el mundo» (341).

En este capítulo Moltmann presenta la comunidad, en la que la iglesia se verifica, en el proceso del Espíritu, en la misión y en las tareas de la comunidad. También reflexiona sobre la forma comunitaria de la iglesia y aquí incluye: la comunión a través de la comunidad, iglesia nacional y sectas, iglesia en el mundo y comunidades religiosas, el principio de la unidad de la comunidad.

Estamos en un tiempo en que se está dando un *paso gigante* para reemplazar la «iglesia para el pueblo» por la «iglesia del pueblo», que vive y se desarrolla, sufre y goza, habla y actúa en y con el pueblo mediante sentido profético para la renovación de las comunidades y sociedades. «Por eso el episcopado argentino dice lo siguiente en torno a las “conclusiones” de Medellín: “La Iglesia ha de examinar su acción liberadora, salvífica, a la vista del pueblo y de sus intereses... Por eso la acción de la iglesia no sólo ha de orientarse hacia el pueblo, sino que ha de dejarse guiar también y sobre todo por el pueblo”» (385).

3.5. *Desenlace:*

Podíamos resumir su pensamiento así: Sus reflexiones eclesiales van más allá de la fe cristiana y de la comunidad eclesial. Muchas de las eclesiologías católicas, escritas después del Vaticano II no van más allá de la *Lumen Gentium* y de la *Gaudium et Spes*. Moltmann desarrolla una «eclesiología mesiánica», que sitúa a la Iglesia en el interior del acontecimiento trinitario, no

con la intención de identificar a la Iglesia con Dios, sino para distinguirla significativamente, centrándose en cuál es su función y lugar en la historia.

Original es su pensamiento, cuando sitúa a la Iglesia en el interior de la misión tanto del Hijo como del Espíritu Santo, teniendo en cuenta qué finalidad consiste en estar en camino hacia la consumación escatológica. Las raíces eclesiológicas están por lo tanto en la cristología, la pneumatología y la escatología. Sólo desde las tres realidades puede entenderse lo esencial y característico de la eclesiología.

Desde la cristología, ya que la Iglesia vive entre el pasado de la historia de Jesús y la apertura al futuro universal en el que la historia será llevada a su cumplimiento y consumación. La Iglesia solo se entiende plenamente desde la pneumatología. El Espíritu, alma, sostén y dispensador de bienes, es quien en la Iglesia hace presente la historia de Jesús y la conduce al destino universal, que se verifica en la plenificación del Reino de Dios. La Iglesia, anticipo de ese Reino encuentra su destino en la escatología plenificada, que va realizando aquí y ahora mediante la comunidad mesiánica.

4. DOCTRINA SOCIAL SOBRE LA TRINIDAD: EL ESPÍRITU DE LA VIDA

Como ya hemos resaltado, para Moltmann el hilo de rojo de la Escritura es la historia del Reino de Dios, siendo esta historia una historia trinitaria abierta escatológicamente y que tiene un gran recorrido social. Desde esta interpretación del testimonio bíblico elabora una *doctrina social de la Trinidad*, que podemos considerarla como centrada en la vida, considerada en su totalidad, ya que alcanza a todos los hombres y tiene que ver con los problemas y retos existentes en las más distintas sociedades.

El reino del Padre consiste en la creación de un mundo *abierto al futuro* de la gloria. El reino del Hijo consiste en la *soberanía*

liberadora del crucificado y en la comunión con la multitud de hermanos del primogénito. El reino del Espíritu es quien hace posible la experiencia de la *libertad* otorgada por Cristo, tiene que ver con toda clase de vida y anticipa la nueva creación del reino de la gloria.

«La acción del Espíritu de Dios, que vivifica y afirma la vida, es universal y se reconoce en todo lo que sirve a la vida y en todo lo que se opone a lo que la destruye. Esta acción del Espíritu no suplanta la acción de Cristo, sino que le da relevancia universal» (11). De lo que se trata entonces es afirmar la totalidad de vida que proviene del Espíritu y que ofrece unas características muy definidas:

«Se trata de afirmar la vida de otras criaturas, de otros seres humanos y también nuestra propia vida. Porque si no, jamás llegará el renacimiento y restablecimiento de la vida amenazada. Ahora bien, el que dice a la vida un sí de verdad, dice no a la guerra. El que ama a fondo la vida, odia la pobreza. Quienes afirman y aman realmente la vida se enfrentan inevitablemente con la violencia y la injusticia. No se acostumbran a ellas, no se acomodan, se resisten» (11). Esta es la doctrina social de la Trinidad, que rechaza las guerras, la pobreza, la violencia y la injusticia, en realidad contra todo aquello que va contra la dignidad de la vida en sus más diversas formas.

4.1. *Punto de partida de una pneumatología social hoy*

Hemos pasado del «olvido del Espíritu» a una «auténtica obsesión por el Espíritu», aunque no siempre esté bien orientada. Conviene no caer en la tentación de individualizar el Espíritu y menos aún de *platonizarlo*, peligro que no hemos evitado en muchas ocasiones. Para ello hay que descubrir más allá de los ámbitos de

la Iglesia quién es el Espíritu y cómo se comporta, teniendo en cuenta su perspectiva humana y su dimensión cósmica. No se queda en las alturas del pensamiento, actúa «desde abajo» en la *vida más viva*, desde las realidades más humanas y cósmicas³¹.

«Decir continuamente que el Espíritu está unido a la Iglesia, a su palabra y sacramentos, a su autoridad y sus instituciones, y sus ministerios, hace que se empobrezcan las comunidades, se vacíen las iglesias y que condene al Espíritu al exilio en los grupos espontáneos y en la experiencia personal [...]. El Espíritu Santo es más que el descubrimiento de la fe que la palabra anunciada suscita en los corazones. El Espíritu conduce a los hombres a iniciar una nueva vida y los hace sujetos de una nueva vida en comunión con Cristo» (14s). Esa nueva vida tiene dimensiones sociales, que no se pueden silenciar y en ellas está presente su incesante actuación, ya que *«el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado»* (Rom 5,5). Expresado en autonomía personal: No solo el Espíritu me guía, también me conduce su aliento para que me entregue a los demás, para percibir la dignidad del prójimo, para levantar del polvo a los abatidos, para practicar la justicia con los necesitados, para nunca renunciar a la compasión y la misericordia.

4.2. «Oyentes e interlocutores» de la Palabra

No hay Palabra de Dios, ni descubrimiento de la Sagrada Escritura al margen de las experiencias humanas del Espíritu, en las que no están contempladas solo las propias, sino también las

³¹ No olvidemos lo que confesamos del Espíritu desde el siglo IV y nunca podemos olvidar: Es «Señor y Dador de vida». Vida plena, si la acogemos; vida ascendente, si nos dejamos conducir por su hálito creador; vida que llegará a la plenitud, cuando todo lo acogemos con libertad, consciencia y responsabilidad.

de los demás en los contextos más diversos. Esa Palabra está referida a los hombres presentes delante de mi presencia, a los cercanos y a los lejanos, de tal manera que no solo somos «oyentes de la Palabra», también estamos llamados a comportarnos como «interlocutores de la Palabra» en comunión con los demás. Lo que solo es posible cuando Palabra y Espíritu se comprenden *en mutua referencia* y no como un camino en un sentido único, que me importa a mí exclusivamente, sino como una *senda abierta* que nos convierte a todos en peregrinos de una vida auténtica.

Esa mutua referencia se expresa de muy distintas maneras: en las sociedades abiertas, en la captación de los signos de los tiempos, en las favelas de las grandes ciudades, en la energía para la vida en sus múltiples manifestaciones, en la implantación diaria de la realidad. Lo peor que nos puede pasar consiste en caer en idealismos encerrados en uno mismo, que no salen de los propios planteamientos y nos puede llevar al egoísmo y a la cerrazón. El Espíritu siempre es *abierto*, no está encerrado en ninguna persona por buena que sea y si habita en algún lugar es donde hay que superar el pecado y hacer frente a las diversas formas del mal.

«En la gran obra de *Yves Congar* sobre el Espíritu Santo falta casi por completo la descripción del Espíritu de la creación y del Espíritu de la nueva creación de todas las cosas. Como si el Espíritu de Dios fuera solamente el Espíritu de la Iglesia y de la fe. Esto supone una limitación de la “comunión del Espíritu Santo” y una incapacidad de la Iglesia para comunicar su experiencia del Espíritu al mundo» (21).

El ámbito del Espíritu no se encierra en la vida interior, también se encuentra fuera de los seres humanos y en la vida de la naturaleza. La tendencia individualista tiene su razón de ser en la *platonización persistente del cristianismo*. Impregna hasta el momento actual la «espiritualidad» de las comunidades religiosas del signo que sean, invade una cierta hostilidad al cuerpo y, lo que resulta más lamentable, un apartamiento del mundo, sus problemas y

retos. Pertenece al ámbito del Espíritu la creación entera, que no está en discontinuidad con la salvación.

Hay que abogar por una «teología ecológica», una «cristología cósmica» y un redescubrimiento del cuerpo, como lugares privilegiados en los que actúa el Espíritu del Padre y del Hijo. Incluso hay que llegar a redescubrir el Espíritu en la naturaleza, en los animales, en las plantas y en los ecosistemas de la tierra. «En la situación actual este descubrimiento no es poesía romántica ni visión especulativa, sino el presupuesto necesario para la supervivencia de la humanidad en esta tierra única de Dios» (23). Moltmann intenta «desarrollar una “pneumatología trinitaria” desde la experiencia y teología del Espíritu Santo» (28).

4.3. *Experiencias del Espíritu de vida*

Después de un prólogo y una introducción que hemos intentado resumir en las páginas anteriores Moltmann desarrolla su obra así: I. Experiencias del Espíritu. II. La vida en el Espíritu. III. Comunión y persona del Espíritu. Imposible condensar en pocas páginas lo que Moltmann comprime de modo magistral. Reduzco la experiencia del Espíritu en presentar su punto de partida: *Experiencia de la vida - experiencia de Dios*. Estos párrafos pueden ser clarificadores.

«En el primer volumen *Trinidad y Reino de Dios* he presentado al Espíritu Santo en su comunión trinitaria con el Padre y con el Hijo. En el volumen segundo *Dios en la creación* he comprendido al Espíritu Santo como la fuerza y la vida de la creación entera. En el volumen tercero *El camino de Jesucristo* he propuesto una cristología del Espíritu, que no pretende ser alternativa alguna, sino complemento necesario de la cristología del Logos. Con estos antecedentes está justificado que en el volumen cuarto, *El Espíritu de la vida*, tome como punto de partida la experiencia del

Espíritu, personal y comunitaria, y no la palabra objetiva de la predicación o las instituciones espirituales de la Iglesia, sin que por eso se me etiquete inmediatamente de “teólogo de la experiencia”, moderno, liberal o pietista. Una teología en clave de revelación es teología eclesiástica, teología de pastores y sacerdotes; una teología en clave de experiencia es preferentemente teología de laicos. Tomar como punto de partida la experiencia suena, ciertamente, a subjetivo, arbitrario u ocasional, pero no es así, como tendré ocasión de demostrar. Por “experiencia del Espíritu” entiendo una percepción de Dios en, con y bajo la experiencia de la vida, que nos da certeza de la comunión, de la amistad y del amor de Dios.

Elijo el concepto de “experiencia del Espíritu” también para comprender adecuadamente la situación intermedia de toda experiencia histórica, situada entre el pasado del recuerdo y el futuro de la espera. La experiencia, la vida y la comunión del Espíritu Santo surgen del recuerdo de Cristo y del anticipo de la nueva creación. Son resonancia de Cristo y preludio del Espíritu del Reino de Dios. La experiencia del Espíritu no se da nunca sin el recuerdo de Cristo y sin la espera de su futuro. En la sintonía de esta espera con este recuerdo alcanza la experiencia del Espíritu una dignidad tan peculiar e insustituible, que con todo derecho es designada como experiencia de Dios. En este sentido, la pneumatología presupone la cristología y prepara el camino para la escatología. Pero las experiencias vitales pueden ser también tan intensas que se olviden los recuerdos y las esperanzas, para convertirse en puro presente. Entonces hablamos de los éxtasis de la vida» (31,32).

4.4. *La luz y la alegría y la comunión social del Espíritu*

«El Espíritu que reposa e inhabita en el Hijo, *se irradia* desde el Hijo y mediante el Hijo. Irradia su luz eterna *desde el Hijo* sobre relaciones las recíprocas entre el Padre y el Hijo e introduce la *luz eterna de Dios* en el ser eterno de Dios y en su amor eterno. Esta luz eterna introduce la *alegría eterna* en el ser y en el amor de Dios» (331).

«A la doxología trinitaria corresponde finalmente la analogía social del Dios trinitario: a la unidad perijorética de las personas divinas, que ex-sisten la una con la otra, para la otra y en la otra, corresponden las verdaderas comuniones humanas que podemos experimentar: en el amor, en la amistad, en la comunidad llena del Espíritu y en la sociedad justa... El Espíritu, que es honrado “juntamente con” el Padre y el Hijo, es también fuente de la energía que *reúne* a los seres humanos, de tal manera que puedan encontrarse, alegrarse recíprocamente y alabar al Dios comunión».

Lo nuestro en este mundo consiste en *abrirnos al círculo de las relaciones* existentes entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, *introducir el alma en la corriente vital* propia de la Trinidad y *participar de la alegría* que supone experimentar lo mucho que Los Tres se aman, nos aman y sostienen a la creación, he aquí el compendio de la revelación, la suma de la salvación en la vivencia como hijos y hermanos y la culminación de los social en la libertad inagotable de las criaturas y en la eterna felicidad en la que el Dios Uno y Trino será todo en todos.

4.5. *Desenlace*

«A la luz de la gloria, los seres humanos se hacen transparentes a sí mismos y a los demás, porque se hallan bajo la luz divina y

son inundados por ella. En la relación con Dios hay una única gloria, que traspasa a Dios y a los hombres de modo que puedan contemplarse recíprocamente. Y la plenitud del amor consiste siempre en «contemplar cara a cara»: *«fruitio Dei et se invicem in Deo»* (Agustín), (328). Estar seguros de que llegará el momento de que contemplemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo desde la eternidad, nos lleva a contemplar las realidades actuales con mayor objetividad y generosidad.

Del testimonio de Bonhoeffer asumirá la perspectiva ética y social que ha de tener toda teología trinitaria, así como el compromiso que ha de realizar la Iglesia en la sociedad secular. Moltmann esboza un pensamiento trinitario, que supera la *concepción subjetiva*, la visión particular y aboga decididamente por un pensamiento relacional comunitario. Como consecuencia expone una *enseñanza social de la Trinidad*, que lleva a la unidad la experiencia de Dios y la experiencia de vida. Una vida que se abre a la creación, a la ecología, y a la sociedad con todo lo que tiene que ver. Su reflexión sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se *vuelve social*, porque la Trinidad es *de* los hombres y *para* los hombres.

5. IDEAS CENTRALES

En la teología contemporánea Moltmann ha sido el teólogo, que con más entusiasmo y detenimiento ha reflexionado sobre el destino de Cristo Jesús. Hubo épocas en las que la Resurrección no dejaba de ser un «escolio» de los estudios teológicos³². En modo alguno se le daba la trascendencia que en la actualidad

³² Asombra comprobar cómo en los tratados cristológicos de la escolástica, se trataba la Resurrección en un *pequeño apartado*, que trataba de profundizar en la tesis correspondiente.

tiene. Desde sus inicios nuestro autor, en cambio, ha concedido la máxima *trascendencia* y *centralidad* a la Pascua consistente en la Muerte y Resurrección de Cristo. La esperanza, virtud trinitaria juntamente con la fe y la caridad, tuvo una gran influjo en los inicios de su reflexión, hasta el punto que algunos llegaron a pensar que constituye *la idea crucial y la fuerza motriz de su teología*, pero esto no es del todo verdad, cuando se tiene en cuenta la producción posterior, desarrollada en los últimos treinta años del siglo XX.

5.1. *El acontecimiento de la Cruz en la comprensión dialéctica de la Muerte y la Resurrección del Dios crucificado*

Tiene razón Ángel Cordovilla cuando sostiene que «la idea teológica más importante del autor, que aparece ya en sus primeras obras y que se convertirá en el catalizador de todo su pensamiento teológico, es la interpretación dialéctica de la cruz y resurrección de Cristo, asumida después en la fuerte y singular perspectiva trinitaria de sus obras posteriores». Esta comprensión dialéctica integra sus dos mencionadas obras cumbres y se repetirá machaconamente en las otras tres obras presentadas aquí, donde consta un despliegue original de la trinitariología.

Resulta imposible una teología de la esperanza y de la revelación de Cristo, que no esté atravesada por la cruz y el sufrimiento, por su Muerte y Resurrección. Las distintas perspectivas están condicionadas entre sí de tal manera que se exigen y complementan mutuamente. Muerte y Resurrección no solo integran la historia de Jesús, también están presentes y actuantes en la configuración de la Trinidad y sin ellas resulta imposible entender al hombre. Sin recurrir a la salvación actuante en ellas tampoco se comprende la Iglesia con todo lo que comporta, ni el mundo con sus derivados, ni la sociedad tan transformada en el momento actual.

La primacía de la Cruz está presente y engrandece de forma permanente sus reflexiones. De este punto crucial sacaremos los demás temas, junto con sus conclusiones, de modo que podemos afirmar que en los inicios su teología fue marcadamente estaurocéntrica, poco a poco fue remarcando la perspectiva trinitaria y más adelante permaneció en una orientación pneumatológica, en la que se mantiene.

5.2. El dolor de Dios como pasión de la Trinidad por el Reino de Dios

Frente a interpretaciones humanistas y monoteístas, que en modo alguno le satisfacen, Moltmann desarrolla una hermenéutica trinitaria de la historia bíblica en la búsqueda de una Trinidad convincente. Por pensamiento trinitario entiende la superación de la concepción subjetiva particular y el desarrollo de un pensamiento relacional, comunitario. Como consecuencia, expone una enseñanza comunitaria de la Trinidad, así como un nuevo concepto de libertad y de lo que significa el amor como sufrimiento, congoja, tragedia.

Si el hombre siente la infinita pasión del amor de Dios que en él se expresa, llega a entender el misterio del Dios trino. Dios padece con nosotros: esta experiencia, que podemos repetir hasta la saciedad por la verdad que encierra en su interior, revela al Dios trino en lo más íntimo de su misterio insondable. Esta experiencia es trinitaria y así debe entendida. Por eso, el problema central de la teología fundamental sobre el acceso a la doctrina trinitaria conduce hoy día a la cuestión de la capacidad o incapacidad de Dios para sufrir.

Ahonda con solvencia en temas que aquí solo podemos formular: Libertad de Dios. Hermenéutica trinitaria. Envío del Hijo. Entrega del Hijo. Encubrimiento del Hijo. Futuro del Hijo. Avatares de la trinidad abierta. Historia de la salvación

y fe en la creación. Obra creadora del Padre. Encarnación del Hijo. Transfiguración, obra del Espíritu. Crítica del monoteísmo cristiano. Trinidad doxológica. Trinidad inmanente. El Espíritu Santo ¿procede del Padre «y del Hijo»? Principio trinitario de la singularidad. Crítica del monoteísmo político y clerical. Doctrina trinitaria del reino. Doctrina de la libertad trinitaria.

5.3. *La Iglesia fuerza del Espíritu*

En esta obra fundamental Moltmann interpreta la Iglesia como una comunidad viva y abierta, valiente y carismática de discípulos de Jesús, comprometidos con la ayuda a los pobres y con recuperar la dignidad de los oprimidos. Una Iglesia, que busca su principio de inspiración y actuación en la misión del Espíritu con su fuerza mesiánica. Después de pasar por el viernes santo desde la pasión de Dios, está llamada a llegar a Pentecostés, entrelazando ambos acontecimientos. «La Iglesia ha de presentarse siempre ante el tribunal de Dios y del mundo. Pues ella representa a Dios delante del mundo y al mundo delante de Dios. Ella se sitúa ante el mundo en una actitud de libertad crítica y ha de aportarle la revelación fidedigna de la nueva vida» (17).

En la Europa de esos años se había logrado una gran recuperación económico-social, aunque la Iglesia se enfrentaba a un acentuado proceso de secularización, que ponía muchas de sus realizaciones en crisis. En contraste con otras partes del mundo, en las que encontrábamos tremendas injusticias sociales, miseria generalizada y diversos tipos de dictadura, aunque del lado religioso todavía una pertenencia mayoritaria a las iglesias, y en la católica manifestaciones masivas de piedad popular.

En ese caldo de cultivo, entre otros aportes teológicos, el de Moltmann llevó a acentuar la *dimensión liberadora de la fe cristiana* inspirada en el amor tanto de Cristo como de la Trinidad que

desea un proyecto liberador para los hombres y sus sociedades. Toda esa realidad trinitaria necesita ser sostenida por una Iglesia esperanzada en actitud paciente y comprensiva, que testimonia su fe en medio de las dificultades existentes en las sociedades actuales y que está presta a criticar las desigualdades sociales. Partiendo de experiencias concretas la Iglesia está llamada a orientarse de tal manera que sepa clarificar su misión en la sociedad, cuál debe ser su situación en el mundo de hoy y hacia donde se encamina.

6. AFIRMARNOS HOY EN LA TRINIDAD

Afinar la mirada hoy para acoger la *realidad tal como es*, sobre todo la que tiene que ver con nuestra querida y vieja Europa, constituye un ejercicio de clarividencia, que no nos queda más remedio que hacer si queremos ser fieles a nosotros mismos. Conviene dejar claro que las naciones y culturas europeas no representan un límite, de hecho constituyen un enriquecimiento en lo que queremos exponer en este final. Pero no hemos sabido unificarlas, guardando las raíces en que nacieron, crecieron, se hicieron grandes y fueron el orgullo de muchas generaciones. Quizá la raíz más persistente sea el *cristianismo* y desgraciadamente no hemos sabido preservarlo como debiéramos, lo más rico y valioso de su herencia se nos está yendo, más bien se nos ha ido ya de nuestras opciones esenciales.

Importa constatar en primer lugar que el mundo que estamos viviendo hoy es muy distinto del que se vivía en el último tercio del siglo XX, que fue *el tiempo* cuando se escribieron los libros de los que hemos estado hablando aquí. Moltmann fue un hombre clarividente y sin duda hubiera redactado sus libros ahora de *una manera distinta* de como lo hizo entonces, si hubiera podido desarrollar todas sus capacidades en este momento. Con todo el contenido de sus libros sigue manteniendo *vigencia* y pueden

sacarse muchas valiosas conclusiones, que permanecerán en el tiempo. Una conserva especial actualidad: No se entiende al Espíritu, la radicalidad del amor del Padre y del Hijo, sin la implantación de los derechos humanos, sin el desarrollo de la justicia social, ya que unifica a ambos y orienta a las sociedades hacia la plenitud de la dignidad humana.

6.1. *Ante el fin de la cultura occidental*

Vuelvo a remarcar que la aportación de Moltmann sigue *manteniendo vigencia*, pero aquí y ahora conviene que tengamos bien en cuenta el hecho de que parece que estamos viviendo el *fin de la cultura occidental*, tal como la hemos conocido. Pasamos por un *tiempo de crisis*, en el que conviene hacer un *discernimiento* entre lo que está *muerto* en ella y lo que aún está *vivo*, entre lo *verdadero* de lo *falso* que hay en la sociedad actual y para ello no tenemos que tener miedo a sajar allí donde debamos hacerlo. No nos queda más remedio que separar lo bueno de lo malo, lo que nos lleva a la Trinidad y nos aparta de ella. La Muerte y la Resurrección de Cristo trajeron vida, salvación, verdad, belleza ¿y dónde podemos encontrar estas realidades hoy entre nosotros y a nuestro alrededor? ¿Son experiencias de minorías, que a muy pocos nos interesan porque han pasado de moda o ya no se sostienen?

«La desintegración de Occidente es, literalmente la disolución progresiva e imparable del nudo que mantenía unidas la vida y la muerte, la verdad y la mentira, la libertad y la esclavitud, lo legítimo y lo ilegítimo, la guerra y la paz, el dialecto y la lengua gramatical, que de esta manera se volverán indiscernibles... la tecnología con la naturaleza, la medicina con la religión, situación tanto más peligrosa cuanto que, si la sustitución de lo verdadero con lo falso se vuelve integral, quien miente ya no sabe que miente,

y lo verdadero y lo falso, la buena fe y la mala fe se confunden con su mente hasta el punto de hacerle perder todo el sentido de la realidad»³³.

Ante las graves constataciones anteriores no nos queda más remedio que reconocer que estamos desnortados³⁴ y nuestra desorientación es tan grande que solo nos preocupa la *seguridad* de lo nuestro, aferrándonos a las *cosas materiales* y a las sensaciones placenteras, adobadas con buenas cuentas bancarias. En nuestro despiste damos por bueno, lo que quizá no lo sea tanto. Y damos por malo lo que en realidad es bueno. Hay un déficit grave y grande de *auténtica espiritualidad*, que hemos sustituido por sucedáneos vergonzosos rastreros y ramplones.

Abundan los horóscopos, las videntes, los sacamuelas que se ponen trascendentes y todos tienen su audiencia, que no deja de avergonzar. Hemos despedido el trato con el Espíritu y dejamos que «demonios nocivos» tomen su puesto con todo el descaro. Descuidamos la relación con la Trinidad, ni siquiera sabemos *quiénes* son las Tres Personas Divinas, y no nos preocupa hacer bien a los hermanos y desgastarnos por ellos. La suerte de los desdichados no nos preocupa, porque hemos perdido *capacidad para la auténtica compasión* y esto es descorazonador.

No nos queda más remedio que gritar: no podemos contentarnos con *dejarnos engañar* mediante la acogida irreflexiva de las ofertas insanas ofrecidas de la manera más lamentable. Hay que dar un paso más o algunos pasos más, para que nos demos

³³ Giorgio Agamben, *El ocaso de Occidente*. Tercera de ABC (30.06.2024).

³⁴ Leyendo por separado a Martin Heidegger y a Karl Jaspers me sorprendió sobremanera que los dos coincidieran en pensar que la característica fundamental del hombre contemporáneo occidental es el desnortamiento. Hemos perdido la brújula y esto que ya constatabamos en el entretiem po de las dos guerras mundiales se ha hecho más fuerte y dañino en el siglo XXI. Ese desnortamiento nos está jugando muy malas pasadas y está oscureciendo lo que fue Europa y ya no es.

cuenta que le persona es mucho más de lo que come, su felicidad va más allá de lo que goza alocadamente, tiene un destino de eternidad, en el que agolpa la belleza, la verdad, la bondad y la vida, y estas realidades fundantes descansan en la Trinidad, que nos proporciona la libertad necesaria para tomar un giro nuevo a la existencia de cada día.

Necesitamos *conversión* y conversión permanente y verdadera a todo aquello por lo que merece la pena vivir y desgastar el existir diario. Pero desgraciadamente esto ni se intuye, ni se practica. No podemos contentarnos con comportarnos como seres solitarios e insolidarios. Por eso necesitamos sentido de la pertenencia a lo que somos, para que el Espíritu nos proporcione fortaleza a lo que hacemos, orientándonos una y otra vez hacia los semejantes. Por el bautismo hemos salido a un *vivir reconciliado* y regresaremos a un destino en que todo será participación comunitaria. Moltmann intentó remachar estos anclajes en los creyentes y me temo que muchos de ellos se hayan desgajado del aliento primordial.

6.2. *Recuperar la Trinidad*

El título que podíamos poner en este momento a las reflexiones que estamos haciendo es *la Trinidad y nosotros*. ¿Cómo lograr que la Trinidad del Reino de Jesucristo gane protagonismo en el momento presente, cuando faltan tantas posibilidades de saber lo que se quiere expresar. La Trinidad está aquí en medio de nuestro mundo y hay que aprender a mirarla con las herramientas que tenemos. La Trinidad nos acompaña con la belleza de su amor y hay que aprender a amarla, como ella hace. «Ubi amor, tibi oculus», donde hay amor, allí se encuentra la visión para ti.

Y si pierdes la perspectiva necesaria, echas por la borda mucho valioso de tu vida, porque te vas a encontrar sin orientación, vas a caminar ciego, sin captar los valores primordiales, que orientan lo

más decisivo de la propia existencia. No podemos acoger cualquier cosa en nuestro asiento espiritual, estamos llamados a ser testigos de lo que merece la pena para hacer posible que nuestra existencia se logre. Por eso hay que recuperar para el presente todo lo que nos regala el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son *relaciones sagradas* entre sí, conectadas con las nuestras.

Por eso nos aclara Moltmann que «la verdadera riqueza está en las relaciones y no en las posesiones materiales» resaltando la importancia de valorar las *conexiones humanas* por encima de la acumulación de bienes materiales. En una sociedad obsesionada con el consumismo y la búsqueda de la riqueza material como promoción personal, Moltmann nos insta a reflexionar sobre lo que *realmente importa* en nuestra vida. Las posesiones pueden proporcionar un cierto grado de bienestar y comodidad, pero es en las *relaciones* y *conexiones moralmente establecidas* con otros seres humanos donde encontramos la verdadera alegría, satisfacción y felicidad. El amor, la amistad, el apoyo mutuo y la solidaridad son los tesoros más valiosos que podemos cultivar en nuestras vidas y esa inmensa riqueza nos la proporciona el Espíritu del Padre y del Hijo.

6.3. *Jesucristo: filiación y fraternidad*

Lo mejor que el creyente tiene se lo debe a *Jesucristo*, que le ha revelado y testimoniado la experiencia trinitaria. Guardar fidelidad a esta experiencia significa dejarse amar por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y, al mismo tiempo, estar dispuestos a amar a nuestros semejantes, teniendo a las Tres Divinas Personas como permanente modelo a seguir. Nada llena más la existencia cristiana que el diálogo amoroso con el Padre, siguiendo el ejemplo del Hijo y dejándonos inspirar por el Espíritu Santo mediante la puesta en práctica de la *filiación* y la *fraternidad*.

Conformar así nuestro ser y quehacer en la Iglesia y en la sociedad lleva consigo haber elegido pertenecer a la Familia de los hijos y hermanos del Reino y haber encontrado el tesoro que da sentido a nuestra vida. Apostar por el Dios Trino con todas las consecuencias nos hace felices aquí y ahora y, en la hora final, llegaremos a ser plenamente dichosos. La sed de la Trinidad Santa nos abre como nada al campo de la exaltación y la felicidad, viviendo *desde el Amor* mediante el anclaje que nos proporciona, peso y dignidad.

6.4. *Conceder valor al sufrimiento del amor contemplando al Crucificado*

El sufrimiento no siempre es un mal, aunque cuando se puede evitar tenemos la obligación de extirparlo. No podemos instalarnos en el masoquismo, pero no lo dudemos hay un *sufrimiento bueno*, que nace del amor y ese conviene que lo mantengamos, ya que es la única manera de *preservar el amor* y no matarlo, sino dejar que crezca. Quien ama sufre y si alguien sufrió fue el Hijo del hombre que caminó desde Getsemaní hasta el Gólgota para mostrarnos la fuerza de su amor y lo mucho que hizo para salvarnos en el acontecimiento de la Cruz.

Dos realidades de las que Jürgen Moltmann no se despegaba nunca en sus libros tenían que ver siempre con el binomio *Cruz y Sufrimiento*. Tanto el símbolo de la Cruz como la realidad del sufrimiento invitan a la *conversión*, al estar dispuestos a transformar la existencia. Pero la Cruz que salva es la del Crucificado, que nos revela capacidades desconocidas y, a la vez, nos brinda muchas posibilidades de crecimiento personal y de entrega incondicional a los demás. He aquí *cuatro bien remarcadas*, que encuentran su principio de inspiración en pensamientos del teólogo de Tubinga, ayudándonos a testimoniar y sostener nuestro ser cristiano en el *desconcierto* de un mundo, que no se vuelca en los atormentados

por toda clase de males sino que trata de gozar, sin preocuparse demasiado por los que sufren.

Primera: «El sufrimiento puede ser una oportunidad para crecer y encontrar un nuevo significado a la vida diaria». Mirando al Crucificado, descubrimos que nos anima a no ver el sufrimiento como algo *puramente negativo*, sino como una experiencia, capaz de moldearnos y transformarnos en personas más fuertes, sabias y solidarias. A través del sufrimiento, podemos aprender lecciones valiosas, desarrollar nuestra *empatía* y *compasión* hacia los demás, y encontrar un propósito más profundo en nuestra existencia. En lugar de resentirnos o victimizarnos el sufrimiento bien orientado, nos invita a abrazarlo como un desafío para nuestro *crecimiento* personal y *progreso* en lo espiritual y sobre todo para darnos a los demás como Jesús supo darse en la Cruz, que acabó con todas las diferencias. Su amor doliente se convirtió en un *lenguaje universal* que unió a todas las personas en un proyecto de fraternidad.

Segunda: «El sufrimiento puede ser redentor si nos permite comprender y compartir el sufrimiento de otros». De la mano de Cristo el sufrimiento nos descubre el hecho de que no solo puede ser una experiencia personal de crecimiento, sino también una oportunidad de aprendizaje emocional, puesto al servicio del prójimo. Cuando somos capaces de comprender y penetrar en el sufrimiento de otros, al mismo tiempo somos capaces de empatizar y conectar con ellos en un nivel más profundo. Esto nos lleva a alcanzar un sentido de *solidaridad*, *compromiso* y *compasión*, permitiéndonos encontrar significado y propósito en nuestro propio sufrimiento al usarlo como una motivación para ayudar a los demás. Así, el sufrimiento se convierte en un vehículo de redención y transformación tanto para nosotros mismos como

para aquellos a quienes encontramos en el camino de la vida y tratamos de ayudarlos.

Tercera: «El sufrimiento puede revelar la grandeza y dignidad del ser humano». A primera vista, esta aseveración podría parecer contradictoria, ya que el sufrimiento nos lleva a experimentar en no pocos casos angustia. Sin embargo esta vivencia intensa, que la tuvo en grado sumo el Crucificado, nos lleva a reflexionar sobre el papel transformador que el sufrimiento puede ejercer en nuestras vidas, la propia y la de los demás. A través de las dificultades y tribulaciones, somos desafiados a lograr encontrar fuerza interna, a desarrollar la empatía hacia los demás y a descubrir los recursos internos que nos permiten superar las adversidades. En última instancia, el sufrimiento nos confronta con nuestra propia humanidad y nos ofrece la oportunidad de crecer, aprender y expandir nuestra *comprensión de la vida*. El sufrimiento entendido así nos permite enfrentar nuestras limitaciones y encontrar sentido a los momentos más oscuros de la existencia para convertir todo en *luz de amor*. No podemos olvidar aun en los peores momentos que el amor es el lenguaje universal que une a todas las personas más allá de las diferencias.

Cuarta: «La fe no niega el sufrimiento, sino que nos ayuda a encontrarle un sentido, contemplando la bendita Cruz de Cristo». Grande es la fuerza de la fe, porque vence las contrariedades de la existencia y nos invita a encontrar el papel que tiene en medio del sufrimiento. Porque hay esperanza miraremos a nuestro alrededor y descansaremos seguros. En lugar de negar la existencia del sufrimiento, la fe nos permite enfrentarlo de manera más significativa al buscarle su sentido más profundo. La fe nos da la fuerza y la esperanza necesarias para superar las dificultades por grandes que sean, encontrando consuelo en la idea de que incluso en medio del sufrimiento, existe un consuelo mayor y una lección por aprender.

La fe nos ayuda a ver más allá de las circunstancias presentes y nos impulsa a encontrar significado y crecimiento en medio de la adversidad. En lugar de ser un refugio de negación, la fe y la esperanza se arman de valor y nos acompañan en el camino de encontrar sentido al sufrimiento.

6.5. *Desde el Viernes Santo hasta Pentecostés*

El Espíritu es quien nos proporciona la *mirada adecuada*, para contemplar al Crucificado tal como se mostró en el Gólgota y para dejarnos enternecer por su rostro atormentado, lleno de compasión y misericordia que no deja de acompañarnos aún en las mayores vicisitudes. Siempre habrá tiempo y espacio para humanizar y divinizar, aun cuando la vida de nuestros países se oriente por *otros derroteros*, que no dejan de preocuparnos, por la perplejidad que nos produce experimentar día tras día la angustia que supone la guerra, las más terribles crueldades, las violencias que se multiplican yendo más allá de lo que no hace mucho ni siquiera hubiéramos podido imaginar.

Aunque en la actualidad se den muchos avances técnicos, científicos y culturales, no son estos los mejores momentos por los que está pasando nuestro continente; pero no podemos dejarlo que se hunda en la ineficacia de quienes solo piensan en sí mismos y no se dan cuenta que la Trinidad constantemente está pensando en cada uno de nosotros y Jesucristo no deja de ser día tras día «camino, verdad y vida» con su entrega por los demás, en la que están presentes sufrimientos, que pueden convertirse en gozos transidos por el amor. ¡Ojalá esté cercano el día en que logremos pasar del *Viernes Santo* al domingo de *Pentecostés*, del sufrimiento de la Cruz a la gloria de la Resurrección plenificada.

7. DESARROLLAR LA FRATERNIDAD EN EL PRESENTE Y EN EL FUTURO:

Mucho más se podía escribir sobre la Trinidad, un verdadero pozo sin fondo para los teólogos, que no ha dejado de atraer a las mentes más privilegiadas, entre los que se encuentra el pensamiento de nuestro autor, que no nos queda más remedio que reconocer que dejó su *obra inacabada*. Todo empeño por alcanzar la Trinidad a base de reflexiones significa en realidad indisposición calculada para lograr el cometido deseado por imperfecto e incompleto.

Con todo Jürgen Moltmann nos legó algunos pensamientos que ya no pueden ser olvidados y menos relegados de la vida personal y comunitaria: Nos enseñó que la fe cristiana se fundamenta en la esperanza de la Resurrección de Cristo crucificado y que el Reino de Dios, guiado y sostenido por el Espíritu del Padre y del Hijo, actúa firme sobre la historia humana y avanza sin retardo hacia el *futuro escatológico*. Sus libros de un gran valor en su alcance teológico y testimonial, social y ecológico no dejan a nadie indiferente, para cada uno de sus lectores tiene preguntas y respuestas que no pueden ser postergadas.

Constantemente Moltmann nos recuerda que debemos pensar y predicar sobre el presente y el futuro *desde una perspectiva bíblica*, teniendo como base al Crucificado resucitado y al Resucitado crucificado. Según el *Consejo Mundial de Iglesias* Moltmann es «el teólogo cristiano más leído» de los últimos 80 años. Quizá sea una afirmación *exagerada*, pero desde luego algunas de sus ideas nucleares son hoy ya *patrimonio* de los creyentes comprometidos y han proporcionado excelentes frutos tanto en el pasado como en el presente y seguro que también en el futuro.

Al final me conformo con ofrecer la conclusión de *El Dios Resucitado*: «Hermandad de Cristo significa participar sufriente y activo en la historia de Dios. Su criterio es la historia del Cristo

crucificado y resucitado. Su fuerza la constituye el Espíritu de Dios
gimiente y liberador. Su plenitud radica en el Reino de Dios trino y
uno, reino que libera y llena todo de sentido».